

IV sesión plenaria

del C.C. del

**PARTIDO
COMUNISTA
DE ESPAÑA**

13 y 14 de Septiembre de 1958

- **INFORME DEL BUREAU POLITICO
SOBRE LA SITUACION POLITICA
NACIONAL E INTERNACIONAL**

DOLORES IBARRURI

- **LLAMAMIENTO A LAS FUERZAS DE
OPOSICION**
- **SALUDO A LOS PRESOS POLITICOS**

INFORME DEL BURO POLITICO
SOBRE LA SITUACION
POLITICA NACIONAL
E
INTERNACIONAL

SOBRE LA SITUACION POLITICA NACIONAL E INTERNACIONAL

Camaradas:

En nuestra reunión plenaria de septiembre del año pasado, al hacer el balance de las actividades del Partido, de la situación política de nuestro país y de la lucha de la clase obrera y fuerzas populares contra la dictadura franquista, mostrábamos la profunda repercusión e influencia de la política de reconciliación nacional, en las grandes movilizaciones de masas realizadas contra la dictadura franquista.

Un largo camino ha sido recorrido desde entonces en la difusión y penetración de esta política en amplios sectores de nuestro país. La bandera de la reconciliación nacional, va convirtiéndose en la bandera de todo el pueblo en su lucha por la libertad, en su lucha por la democratización de España.

En el tiempo transcurrido desde el Pleno del 57 hasta hoy, el rasgo predominante de la vida político-social de nuestro país ha sido la lucha de las masas populares contra la dictadura, lucha que encabezada por la clase obrera, ha tenido proporciones y características amplísimas y especiales que la distinguen de todas las que hasta ahora se habían producido en España.

La política de reconciliación nacional, propugnada por el Partido Comunista, dando perspectivas de desarrollo a las fuerzas político-sociales no proletarias, interesadas en la prosperidad del país y en la transformación pacífica de España, facilita la incorporación a la lucha activa contra el régimen a importantes núcleos de la clase media, de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional, cuyos intereses son lesionados por la política económica de la dictadura.

Estimula e impulsa la actividad antifranquista de fuerzas democráticas a quienes la actitud negativa de sus dirigentes mantenía en la pasividad. Facilita el desarrollo de corrientes democráticas y progresivas en las filas del catolicismo, especialmente entre la juventud católica, que no acepta el carácter de cruzada y de guerra religiosa que ciertas jerarquías eclesiásticas, como el obispo de Solsona o Monseñor Plá y Daniel, falsificando la historia, se empeñan en atribuir a la sublevación militar fascista comenzada en 1936.

Y entre sacerdotes y seminaristas, entre intelectuales y estudiantes universitarios, en los nuevos grupo políticos y entre los obreros católicos se observa cada día más acusadamente una actitud de repulsa hacia lo presente y de insolidaridad con el pasado.

Y no obstante los esfuerzos que realizan para retener a la juventud junto a ellas, esas mismas autoridades de la iglesia se ven obligadas a reconocer que la nueva generación escapa a su control, al control de quienes han tratado de mantenerla al margen de la vida y de la verdad, y se lanza afanosa a la búsqueda de nuevos caminos para España, que sólo puede hallar en el campo del progreso y de la democracia.

Por ello no es de extrañar la profunda conmoción que entre esa joven generación ha producido la política de reconciliación nacional del Partido Comunista de España, y que por la política de reconciliación nacional se pronuncien hoy favorablemente abogados y militares, ingenieros y profesores,

maestros y médicos, sacerdotes y sencillos católicos, empresarios y comerciantes, campesinos acomodados y hasta terratenientes medios, coincidiendo con la clase obrera y los trabajadores en general.

A esta política que corresponde a la situación de España y al estado de ánimo de la mayoría del país, la dictadura franquista no ha podido oponer más que conceptos vacíos o retoricismos anticomunistas absurdos e inoperantes.

Bajo la presión de la opinión pública, los propagandistas oficiosos u oficiales de la dictadura también hablan de reconciliación. Ellos presentan al "caudillo" como el artífice máximo de ésta, y nos ofrecen, como testimonio irrefutable, el panteón de Cuelgamuros. Es decir una reconciliación típicamente franquista: la reconciliación en el cementerio, la reconciliación en la fosa común.

A pesar de los esfuerzos de la propaganda franquista por desfigurar el sentido de la política de reconciliación nacional e impedir su difusión, esta política ha entrado en la conciencia de las masas, ha dejado de ser motivo de agitación, para convertirse en una fuerza que moviliza la voluntad de resistencia popular y nacional a la dictadura franquista; es un motivo permanente, obligado de polémica en la propaganda y actividad de todos los grupos, incluso en órganos gubernamentales.

Como una ola de fondo, la política de reconciliación nacional ha roto el quietismo en que querían mantener la vida política y social no sólo los interesados en la continuación de la dictadura, sino ciertos dirigentes políticos de la oposición que desearían realizar algunos cambios sin la participación de las masas.

La Jornada de Reconciliación Nacional celebrada el 5 de Mayo de este año, que ha mostrado al Partido Comunista como un gran Partido nacional, capaz de movilizar a millones de españoles contra la dictadura, plantea de manera imperativa, ante las demás fuerzas políticas de oposición, una cuestión de importancia decisiva para el futuro democrático de España.

Esta cuestión es la de la revisión de su política. Es la necesidad en que se hallan de salir del círculo vicioso en que fueron encerrándose, empujadas por ilusiones que el tiempo no ha confirmado, y de mirar de frente a la realidad política y social de España.

Y esta realidad muestra que al cabo de veinte años de sangrienta represión contra el Partido Comunista, éste aparece como la fuerza más activa de la oposición antifranquista, como la fuerza política que cuenta con un apoyo más amplio de masas y que es capaz, como lo ha mostrado la Jornada del 5 de Mayo, de movilizarlas.

Las masas populares en el desarrollo de su propia actividad contra la dictadura, van adoptando una posición más crítica hacia los partidos y sus dirigentes; los juzgan por sus hechos, por su conducta y no por sus palabras o sus planes para el futuro; exigen de ellos una política bien definida frente a la dictadura.

Y no hay duda de que si los dirigentes de las fuerzas antifranquistas continúan manteniendo su posición anticomunista, la clase obrera y las fuerzas democráticas que actúan en el país y que son las que cuentan, sacarán las conclusiones pertinentes y harán a su manera la revisión crítica de esas

posiciones, apartándose de quienes no sepan anteponer los intereses fundamentales de la democracia a una estrecha política de capilla o de grupo.

En este proceso de eliminación natural en la lucha por la democracia van acreditándose como dirigentes aquellas fuerzas políticas capaces de comprender la marcha del desarrollo histórico y de facilitar con su actividad este desarrollo que, impulsado por las masas, y en primer lugar por la clase obrera y los campesinos, a pesar de los incidentes y avatares de la lucha, no se detendrán a mitad del camino.

*

La experiencia del año transcurrido entre uno y otro pleno de nuestro Comité Central, muestra que ha pasado ya el tiempo en que el pueblo español, quebrantado por la derrota, desangrado por las heridas de la guerra y de la represión, agotado por los inmensos sufrimientos y privaciones que marcaron los diez primeros años de la dictadura, aceptaba cualquier solución que le liberase de la tremenda pesadilla franquista y cifraba sus esperanzas de salvación en providenciales influencias exteriores, en las actividades de la emigración e incluso hasta en las intrigas que se desarrollaban en el seno de las fuerzas dominantes.

El pueblo español y al frente de él la clase obrera, los campesinos y la intelectualidad progresista, han recuperado la confianza en sus propias fuerzas, comprenden que lo decisivo es su propia lucha y actúan cada día con más decisión.

El III Pleno de nuestro Comité Central adoptó una serie de decisiones tendentes al desarrollo y coordinación de la lucha de las masas, decisiones que se basaban en el conocimiento de la situación nacional, de los problemas de las diversas capas y clases de la población, del anhelo general de libertad, decisiones en cuyo centro estaba situada la realización de una Jornada de reconciliación nacional contra la carestía de la vida, contra la política económica del régimen, por la amnistía, por las libertades democráticas.

Poco después de nuestro Pleno, tuvieron lugar las elecciones de enlaces y vocales sindicales, sobre las que nuestro Partido había tomado posición en favor de la participación y de la presentación de candidaturas, para dar a la clase obrera la posibilidad de arrancar de manos de Falange el control y la dirección de la actividad social de los trabajadores en los lugares de trabajo.

Y como había previsto el Partido, las elecciones representaron un paso adelante

“...en la lucha por las reivindicaciones económicas de los trabajadores hacia la unidad y la organización de éstos, hacia la conquista de las libertades democráticas”.

Con un gran sentido de clase, los obreros comprendieron que en ese momento la preparación de las candidaturas unitarias para la elección de enlaces y vocales sindicales era la continuación de las huelgas y luchas de masas de la primavera y meses anteriores.

Las consignas que sirvieron de bandera a aquellas luchas —aumento de salario, salario mínimo vital con escala móvil por ocho horas de trabajo; a trabajo igual salario igual; seguro del paro, etc. etc.— fueron formuladas ahora en los programas presentados por los candidatos obreros a sus electores.

Continuando las formas legales y extralegales de lucha; utilizando los derechos formales reconocidos por la legislación franquista, los obreros se reunieron y designaron sus candidatos; hicieron imprimir candidaturas y programas; organizaron la agitación y la lucha en torno a ellos contra los candidatos falangistas y patronales y contra las coacciones, amañíos y maniobras de los jefes.

Con la justa orientación del Partido, las elecciones sindicales que en otras ocasiones revistieron un carácter mecánico y formal, se transformaron en una gran lucha política de los trabajadores contra la dictadura.

A pesar de las coacciones y maniobras de los jefes franquistas que controlaban las elecciones, las candidaturas obreras obtuvieron en la mayor parte de las empresas, así como en algunas Juntas Sociales, un resonante triunfo.

La unidad, la conciencia, la combatividad de los obreros, echaron por tierra los cálculos de los altos jefes falangistas.

En vez de la reafirmación de sus posiciones que les hubiera permitido la especulación demagógica y las maniobras frente a los otros grupos franquistas, los jefes falangistas se encontraron con una situación nueva, inesperada y no deseada por ellos; surgían, apoyándose en las formas legales de base de la organización sindical, formas independientes de organización y de unidad de los trabajadores en las empresas, en torno a sus enlaces, y a veces, en una industria, en torno a su Junta Social.

De hecho, en muchas empresas los enlaces —conscientes de su papel y de su deber de clase— son hoy un colectivo dirigente, democrático, unitario, en torno al cual se agrupa la masa de trabajadores.

Y es ante este hecho nuevo, de la existencia de enlaces que no son ya los dóciles transmisores de las directivas falangistas, que puede hablarse sin exageración de nuevas formas de organización y unidad, de un gran progreso en orden a la acción independiente y a la lucha de la clase obrera.

Con su activa participación en las elecciones, los trabajadores destruyeron las combinaciones de una camarilla que disponía de todos los resortes del Poder. Con ello, mostraron que las camarillas ya no pueden, como en el pasado imponer su voluntad por encima de la lucha y de la resistencia de las masas.

El ejemplo ofrece materia de reflexión incluso para ciertos dirigentes antifranquistas, empeñados en negar importancia a la acción de los trabajadores contra la dictadura.

Cuando el Partido Comunista aconsejaba a la clase obrera votar para los cargos de enlaces sindicales y vocales sociales a los mejores trabajadores, no pretendía “copar” esos cargos; los enlaces elegidos proceden de diferentes sectores y tendencias, y la mayor parte de ellos no pertenece a ningún grupo político o sindical.

Al plantear en ese terreno la cuestión de las elecciones de enlaces sindicales, nuestro Partido rompía los estrechos exclusivismos que fueron en

el pasado la tónica de las organizaciones sindicales; abría camino a la unidad de la clase obrera en los lugares de trabajo; levantaba, frente a los jerarcas sindicales más reaccionarios y frente al Gobierno, el bloque de la clase obrera unida en el ejercicio de un derecho que facilitaría en el futuro inmediato la defensa de los intereses vitales de los trabajadores.

Las elecciones sindicales a las que los trabajadores fueron bajo el signo de la unidad obrera y de la reconciliación nacional, permitieron destacar de sus filas decenas de miles de representantes suyos, elegidos entre lo más combativo, a los que se daba un mandato claro y concreto: organizar la defensa de los intereses y los derechos de los trabajadores y, especialmente, la lucha por la elevación de los salarios.

Los efectos políticos de las elecciones sindicales se reflejaron inmediatamente en las luchas económicas que siguieron a estas elecciones; se reflejaron fundamentalmente en la elevación de la conciencia política de la clase obrera y del sentido de responsabilidad de ésta, como ha demostrado su activa participación en la Jornada de Reconciliación Nacional.

*

El gobierno del general Franco y los altos jerarcas falangistas percibieron el sentido profundo de esta batalla política ganada por la clase obrera. Toda la llamada política social de la dictadura había sido quebrantada por la base.

El triunfo de las candidaturas obreras no oficiales en las elecciones sindicales colocaba la realización de la Jornada de Reconciliación Nacional, propuesta por el Partido Comunista, sobre un terreno más favorable, en el cual la clase obrera aparecía ya con su propia personalidad independiente y combativa, y con iniciativa propia.

La dictadura no podía resignarse con la situación creada, que minaba su autoridad y su prestigio, que ponía al desnudo su incapacidad para mantener sometidos a los trabajadores.

Comenzó a maniobrar para cortar el desarrollo de las acciones de las masas e impedir la organización de la Jornada de Reconciliación Nacional.

Y recurrió a lo de siempre: a la invención del consabido complot comunista, para asustar a las fuerzas conservadoras, contener posibles deserciones y justificar una nueva ola de represión.

El golpe policiaco iba, efectivamente, dirigido contra el Partido, contra sus organizaciones y núcleos clandestinos y contra aquellos enlaces que aparecían como más combativos. Pero durante las elecciones sindicales la movilización de las masas había sido tan extensa y profunda, había abarcado a tan diversos grupos, a fuerzas tan diversas y numerosas, que los órganos especializados en la represión fueron debordados y desconcertados.

Para la acción policiaca fue tomada como pretexto la asistencia al VI Festival Mundial de la Juventud, celebrado en Moscú el verano de 1957, de un centenar de jóvenes españoles. La participación de estos jóvenes en el Festival, no era un secreto. Ellos mismos no lo ocultaban, porque no lo consideraban un delito.

Comenzaron las detenciones de jóvenes estudiantes y obreros, considerados como peligrosos, detenciones que en la intención del Ministro de la

Gobernación debían conducir al desmantelamiento de la organización del Partido Comunista y a neutralizar el éxito obtenido por la clase obrera en las elecciones sindicales.

El fracaso de la policía fue rotundo. Muchos de los jóvenes debieron ser puestos en libertad después de comprobarse que ni habían ido a Moscú, ni tenían ninguna actividad comunista; a pesar de ello quedaron detenidos 44 jóvenes, la mayor parte de los cuales aún continúa en la cárcel.

Los supuestos agentes de Moscú eran jóvenes obreros sin antecedentes políticos, jóvenes universitarios, algunos, hijos de conocidas familias de la burguesía. Los peligrosos agentes extranjeros, resultaron ser conocidas y respetables personas, cuya detención produjo general descontento en todas las capas de la sociedad, incluidos algunos elementos próximos al Gobierno.

Ello no impidió a la Dirección General de Seguridad afirmar en su nota sobre la detención de los 44, que había sido

“descubierta y desarticulada una tentativa para reconstruir el Partido y la acción comunista en España”.

Como se demostró más tarde, con la organización y desarrollo de la Jornada de Reconciliación Nacional, esto no era más que fantasías policíacas. Sin embargo, continuó la represión y se realizaron detenciones, interrogatorios, despidos y destituciones de un número considerable de obreros, de enlaces y vocales sociales.

Los altos jerarcas, que tratando demagógicamente de conquistarse el apoyo de los trabajadores, llamaban meses antes de las elecciones a “elegir los mejores”, se quitaron la careta y aparecieron con su rostro brutal y cínico de auxiliares de la policía político-social, denunciando a los obreros, realizando presiones sobre los enlaces elegidos, tratando de intimidarles para que renunciasen a sus cargos.

La represión viene prolongándose hasta ahora acompañada de una persistente y violenta campaña anticomunista que, por su amplitud y grosería, muestra no sólo la catadura moral de quienes la realizan, sino su pánico ante el crecimiento de la lucha de las masas contra la dictadura.

En su nota sobre la detención de los 44, la Dirección General de Seguridad dejaba entender que con esas detenciones, la Jornada había sido frustrada.

Saliendo al paso de la maniobra, el Partido intensificó la propaganda de la Jornada y respondió a la nota policíaca denunciando la política de nuestro Partido, al renovar su llamamiento a preparar la Jornada, afirmaba guerra civil de la dictadura. En la declaración publicada en esa ocasión, nuestro Partido, al renovar su llamamiento a preparar la jornada, afirmaba que para impedir ésta

“...no basta con detener arbitrariamente a 44 españoles: tendría el general Franco que encarcelar a la gran mayoría del pueblo español. El Partido Comunista de España —terminaba la declaración— se dirige de nuevo a todas las fuerzas políticas de izquierda y de derecha, llamándolas a la preparación de una Jornada de reconciliación nacional en que se exprese la voluntad de un cambio

pacífico de la situación existente en nuestro país. La lucha por la libertad de estos 44 detenidos es parte integrante de dicha preparación...”

Efectivamente, en fábricas y empresas los obreros contestaron a la represión formulando y presentando sus pliegos de reivindicaciones; presionando sobre los sindicatos y autoridades. Una serie de Juntas Sociales en Madrid, Barcelona, Guipuzcoa, Sevilla, Asturias y otros puntos se pronunciaron de manera decidida a favor de las reivindicaciones obreras.

Los enlaces de Sevilla, en una reunión, acordaron ir a la huelga por un salario mínimo de 100 pesetas diarias. Entre los metalúrgicos de Gijón surgió la iniciativa de un Congreso obrero para exigir de los poderes públicos la satisfacción de las demandas presentadas. Esta iniciativa la hicieron suya rápidamente los mineros y se extendió a otras provincias.

La huelga de los heroicos mineros asturianos mostró la indignación de los trabajadores y su decisión de lucha en defensa de sus reivindicaciones vitales.

Iniciada la huelga en el Valle de Langreo se extendió rápidamente a La Camocha y a las minas del Valle del Caudal, y sus repercusiones llegaron hasta ciertas minas de León. Cerca de 30,000 mineros participaron en esas huelgas que abrían el camino a la Jornada.

Los mineros reclamaban la revisión de las reglamentaciones, mayores salarios y aumento de las pensiones, mostrando gran iniciativa, y, sin arredrarse por la represión, los mineros en huelga enviaban sus representantes hasta las minas que aún trabajaban, invitando a sus compañeros a secundar la huelga.

Al frente de los huelguistas estaban los enlaces elegidos en las elecciones sindicales, entre ellos, no pocos comunistas, quienes, como Higinio Canga y Arenas, detenidos desde entonces en Asturias, cumplieron dignamente con su deber de dirigentes de la clase obrera.

A la demanda de los trabajadores, el gobierno respondió con el lockout y con la detención de más de 200 enlaces, de los que todavía quedan en prisión 29, acusados de ser miembros del Partido Comunista.

La huelga de los mineros de Asturias conmovió a todo el país y puso en pie a la clase obrera.

Cuando la represión se abatía sobre los trabajadores asturianos, los obreros textiles y metalúrgicos de las empresas más importantes de Barcelona —alrededor de 50,000— se lanzaron a la huelga, respondiendo a un llamamiento del P.S.U.C. en solidaridad con los mineros asturianos y por sus propias reivindicaciones.

La actitud de los obreros metalúrgicos y textiles de Barcelona fue sencillamente admirable y muestra la elevación de la conciencia política y solidaria del proletariado barcelonés.

También en Barcelona, al frente de los huelguistas, se hallaban los enlaces elegidos en las últimas elecciones. Fueron encarcelados centenares de trabajadores, y con ellos muchos enlaces pertenecientes a las más diversas tendencias, desde comunistas y cenetistas hasta católicos y tradicionalistas, hermanados estrechamente en la lucha. Quedan aún en prisión 19, también

acusados de ser miembros del P.S.U.C., entre los que se encuentra el camarada Miguel Núñez, miembro del Comité Ejecutivo del P.S.U.C., cuyo comportamiento ante las torturas policíacas, y su firme actitud recabando para sí la responsabilidad de la huelga en nombre del Partido, ha merecido la estima de todos los trabajadores barceloneses.

Solidarios con los mineros de Asturias y en defensa de sus propias reivindicaciones, fueron también a la huelga más de 15,000 trabajadores de Guipúzcoa, principalmente de la industria metalúrgica, papelera y otras.

Desde Eibar hasta Pasajes, la huelga fue mantenida firmemente por los obreros guipuzcoanos que han conquistado un puesto de honor en la vanguardia de la lucha antifranquista. También aquí las autoridades se lanzaron contra los enlaces. Muchos fueron detenidos, quedando aún en la cárcel parte de ellos, a los que se acusa igualmente de ser comunistas.

Temiendo la extensión de la ola de huelgas a Vizcaya, la policía practicó en Bilbao y en la zona fabril numerosas detenciones preventivas de enlaces y militantes obreros, algunos de ellos conocidos por su significación comunista.

En Valencia, los obreros de Altos Hornos de Sagunto y otras grandes empresas hicieron también paros, alentados por el ejemplo de Asturias, Barcelona y Guipúzcoa.

Estas huelgas, a pesar de la represión con que se intentó frenarlas, acrecentaron la tensión política y el deseo de lucha entre los trabajadores en todo el país.

Con ocasión de la represión en Asturias, Vizcaya y Barcelona, el gobierno volvió a anunciar —una vez más— la desarticulación del Partido Comunista.

Pero a despecho de esa supuesta desarticulación, el Partido Comunista, al producirse las huelgas de Asturias, decidió que había llegado el momento de ir más allá y de realizar la Jornada de Reconciliación Nacional en un breve plazo.

Hasta ese momento el Partido no había conseguido, pese a sus repetidas gestiones, que las direcciones nacionales de los Partidos de organizaciones antifranquistas de izquierda se pronunciasen por una participación en la Jornada.

Pero en ditintos contactos observamos que había tal ambiente, que aún no queriendo comprometerse en una acción común con los comunistas, esas direcciones no estaban tampoco en condiciones de tomar posición contra la Jornada.

Por otro lado, en el interior, diversos grupos políticos universitarios, grupos de socialistas, cenetistas y republicanos, elementos de las HOAC y la JOC, el Movimiento Socialista Catalán, el Frente de Liberación Popular, los liberales, daban su aprobación en principio a la Jornada.

Tras examen y discusión con nuestras direcciones provinciales y nacionales y con cuantos de esos diversos grupos pudimos hacerlo, quedó establecida la fecha del 5 de Mayo para realizar la Jornada, reservando el anuncio de la realización para la fecha más conveniente y oportuna, aunque dejando ya sentado en la Declaración del Buró Político, fecha 31 de marzo, que

“Las huelgas iniciadas en Asturias, que se extienden hoy a numerosos puntos, son ya el comienzo y la preparación de la Jornada de Reconciliación Nacional.

En el interior del país —decíamos— diversas fuerzas políticas, haciéndose eco, como el Partido Comunista, de la voluntad popular, han tomado la decisión de contribuir a la preparación y realización de la Jornada. De común acuerdo la fecha para la Jornada quedará pronto establecida y será dada a conocer a todos los españoles.”

Es decir, el Partido actuaba firme y seguro, sin ceder ni retroceder ante las intimidaciones y dirigiéndose directamente a la clase obrera, a las masas populares, a todos los sectores antifranquistas, anunciando la celebración de la Jornada.

En ese momento eran visibles las vacilaciones del gobierno. Por un lado respondía a las huelgas con el lockout y con la represión, agravando aún más con ello su propia situación y entrando en conflicto, al mismo tiempo, con numerosos patronos, partidarios de hacer concesiones a las justas demandas obreras. Por otro, se veía obligado a rectificar sus propias disposiciones, autorizando las elevaciones de salario, que había prohibido de manera conminatoria.

A partir del 25 de abril, empiezan a ser difundidas por toda España octavillas llamando a la Jornada de Reconciliación Nacional para el 5 de Mayo; la mayor parte impresas, otras hechas con ciclostyl, a máquina y hasta con pequeñas imprentillas.

Esta propaganda se extiende a pueblos y aldeas, a ciudades y grandes villas, a cortijos y caseríos, a fábricas y minas, en Cataluña, en Euzkadi y Galicia, en Castilla la Nueva y Castilla la Vieja, en Extremadura y en Andalucía, en Aragón, Levante, Canarias y Baleares.

La clase obrera y las masas populares estaban entusiasmadas. Tenían en sus manos la propaganda tanto tiempo esperada.

La simpatía hacia la Jornada y hacia el Partido Comunista llega hasta las zonas sociales más alejadas de nosotros y en todas partes se manifiesta el deseo de participar en ella, mientras que entre los sostenedores de la dictadura se produce una profunda inquietud y una gran preocupación por lo que esta Jornada iba a significar.

Los días 2, 3 y 4, la tensión política es extrema. No se habla de otra cosa que de la Jornada y gran parte de la población influída por el ambiente, llega en sus esperanzas mucho más lejos de los fines que la Jornada se proponía y podía proponerse en ese momento.

Ese ambiente que existe en las fábricas y en las minas, que está en la calle, penetra en las salas de redacción, en las oficinas gubernamentales, en las iglesias y seminarios, en los cuarteles del ejército y de las fuerzas de seguridad.

Recordando esos momentos no puede uno dejar de preguntarse: ¿Qué hubiera ocurrido en España el día 5 si las fuerzas de izquierda y derecha antifranquistas, si comunistas, socialistas, demócratas cristianos, liberales, católicos progresistas, monárquicos liberales, republicanos, nacionalistas, etc.,

hubiésemos estado unidos, dispuestos a imponer una solución pacífica que abriera a la voluntad popular la posibilidad de decidir democráticamente el régimen político de España?

Es lógico que esta pregunta se la hagan todos los españoles, es lógico asimismo que se pregunten: ¿Hubiera podido resistir la dictadura?

Sin ninguna duda se puede responder, como respondemos nosotros, que si el día 5 hubiera existido un acuerdo entre todas esas fuerzas, la dictadura no habría podido resistir la presión de todo el país.

De ahí se deriva una gran responsabilidad para esos dirigentes que no han sabido estar a la altura del pueblo y que van dejando pasar ocasiones propicias para golpear seriamente al régimen.

Frente a la Jornada, con el pretexto del desfile del 4, el gobierno moviliza al ejército, moviliza, haciéndolas actuar durante turnos intensivos, todas las fuerzas de seguridad.

La prensa, la radio, la televisión son dedicadas a luchar contra la Jornada. Sirviéndose de la aviación son lanzados millones de octavillas tratando de falsificar y desacreditar los fines de la Jornada. La VI Flota Norteamericana se sitúa en los principales puertos del Mediterráneo y sus jefes acuden a los desfiles militares del día 4, respaldando con su presencia la dictadura.

Miles de enlaces sindicales son interrogados, amenazados o detenidos. Antifranquistas conocidos son detenidos gubernativamente. Las autoridades se esfuerzan en crear una atmósfera de terror, de guerra civil, de pánico.

A pesar de todo, el día 5 se producen en diversas capitales, encabezadas por Madrid y Valencia, intensos boicots populares al transporte urbano.

Los trabajadores industriales y —por primera vez— agrícolas, participan en la Jornada con huelgas y paros parciales en el campo; con retrasos en la hora de comienzo del trabajo, negativa a hacer horas extraordinarias, trabajo lento, etc., etc. En una u otra forma, son muy pocos los obreros que no participaron en la Jornada.

En Levante, en Andalucía y en Extremadura, numerosos campesinos se suman a la acción recogiendo en sus casas, no yendo a los mercados con sus productos, no acudiendo a las faenas del campo, etc., etc.

Muchos campesinos ricos y terratenientes medios ven con simpatía el movimiento y lo apoyan de diversas formas.

Los comerciantes en algunos lugares retrasan la hora de apertura de sus establecimientos; en otros, pasan el día cruzados de brazos, después de haber contribuido con su agitación a que el día 5 no se compre.

Muchos industriales cierran sus talleres de acuerdo con sus obreros. Otros apoyan la huelga y se niegan a dar a la policía los nombres de los que han faltado al trabajo.

Los estudiantes, a pesar de estar en época de exámenes, contribuyen también en muchos casos a la acción.

Entre el pueblo que marcha a pie en Madrid a sus ocupaciones van no pocos sacerdotes y militares, mostrando así su simpatía por la acción.

En un seminario provincial, los seminaristas se dividen en dos bandos: partidarios y adversarios de la Jornada. Un grupo de jóvenes sacerdotes redacta una hoja en favor de la acción.

En Canarias, un grupo monárquico y otro católico distribuyen una hoja llamando a apoyar la Jornada.

En Santander, el cura párroco de Campuzano es recluído en el Monasterio de Cobreces por defender y organizar la solidaridad desde el púlpito con los huelguistas represaliados por la SNIACE el día 5.

Cincuenta sacerdotes situados en altos puestos de la jerarquía eclesiástica —y entre ellos el capellán del mismo “caudillo”— envían el 5 de Mayo un documento al Ministro del Ejército solicitando la libertad de los 44.

Artistas e intelectuales dan su apoyo a la Jornada, a veces en la forma más original.

La Jornada ha sido, una gran demostración de protesta contra la dictadura, tanto por la extensión geográfica del movimiento como por los sectores sociales que han participado en ella o la han apoyado.

Uno de los aspectos más importantes de la Jornada ha sido la participación en la protesta de las provincias hasta ahora menos activas en la lucha, marchando a la par con los grandes centros industriales que van en vanguardia y la incorporación a la lucha de los campesinos y los trabajadores agrícolas junto a la clase obrera y los sectores antifranquistas urbanos. Ello representa un paso adelante de incalculables consecuencia políticas en el futuro.

Esta participación del campo muestra, al mismo tiempo que el descontento que existe entre los campesinos contra la política económica del régimen, la justeza de la política agraria del Partido, que los campesinos apoyan, viendo cómo el Partido Comunista defiende consecuentemente sus intereses frente a los grandes terratenientes absentistas, frente a los monopolios.

A la cabeza de las masas del campo, han actuado, los jornaleros agrícolas, esa parte tan importante del proletariado español, de tan heroicas tradiciones de lucha. La Jornada ha visto ponerse en pie a los jornaleros y a los campesinos, incorporándose resueltamente a la lucha al lado del proletariado industrial.

Al actuar junto a la clase obrera, los campesinos expresaban su descontento contra las cargas tributarias, contra los precios no remuneradores que les imponen el Estado, las empresas y los intermediarios monopolistas, contra los intereses usurarios que les exigen los bancos.

Uno de los rasgos más emotivos de la Jornada ha sido la participación de las mujeres, como la expresión más alta y humana del repudio de España a la dictadura franquista.

Las mujeres han participado en la Jornada como obreras, realizando huelgas y paros parciales en las fábricas y talleres. En las ciudades y centros industriales y zonas agrícolas, no acuden a los comercios ni al mercado el día 5. El 4 se acaba el pan en numerosas ciudades y villas, y se forman colas enormes en las panaderías. En muchos lugares, las madres no envían sus hijos a la escuela.

Las mujeres han participado en la Jornada como madres de familia que deben enfrentarse cada día con las dificultades crecientes de un salario o un sueldo que no bastan para atender a las necesidades del hogar.

Han participado como ciudadanas que quieren para su Patria un régimen de libertad, de paz y de justicia social. En las ciudades y en las villas industriales y campesinas, ellas han sido las más ardientes propagandistas de la Jornada.

Hay ejemplos de la participación de las mujeres que impresionan profundamente. Y por su similitud, yo quiero daros dos de estos ejemplos típicos de la grandeza de alma de nuestras mujeres, de su espíritu de abnegación y de sacrificio.

A través de estos dos ejemplos simples y sencillos, humanamente conmovedores, se siente el palpitar de España, la continuidad de la tradición heroica, espartana, de nuestro pueblo, capaz de toda clase de sacrificios.

Son dos mujeres de dos pueblos de Andalucía. No se conocen entre sí. Cada una de ellas no sabe que existe la otra, pero una y otra están unidas por una idea. Son comunistas aunque no militen todavía en las filas del Partido. Saben que en las densas tinieblas que el franquismo volcó sobre España, el Partido Comunista es la luz que muestra el camino, que mantiene viva la esperanza y la fe en un futuro de libertad para ellas y para sus hijos.

Y estas mujeres, madres jóvenes, intuyen que los compañeros de su vida deben realizar un trabajo en el que lo arriesgan todo: la tranquilidad del hogar, la libertad, acaso la vida. Y callan...

Sólo cuando sus hombres van a salir de casa a realizar las tareas que el Partido les ha encomendado, cada una de ellas dice sencillamente: "Voy contigo, llevo a nuestros hijos, así el trabajo será más fácil."

Y nada más. Dicho esto así parece simple. Y, sin embargo, basta saber lo que significa para cada madre, para cada esposa, la seguridad de su compañero y la vida de sus hijos, para comprender todo lo que hay de abnegación y de conciencia política en el gesto de estas dos mujeres españolas que llevan a la organización de la Jornada, como un valioso talismán, el calor y la sonrisa de sus hijos niños.

¿Cómo no iba a tener éxito la Jornada, si las mujeres, junto a los hombres, la tomaron en sus manos?

Un aspecto de la Jornada que ha impresionado a los observadores extranjeros ha sido el carácter pacífico de ésta.

Así fué concebida y así fué realizada. En su resolución sobre la Jornada, el Partido Comunista advertía que aquélla no sería un movimiento subversivo o violento sino pacífico.

Y las masas populares, con gran disciplina y conciencia, han observado esta orientación.

La preparación de la Jornada requería un enorme esfuerzo. Había que llegar a los lugares fundamentales del país, discutir con los obreros más avanzados y con los campesinos hostiles a la dictadura. Era necesario explicar a los comerciantes e industriales, a vendedores y artesanos, a los intelectuales progresivos, a las fuerzas más destacadas de la oposición anti-franquista, nuestra política y nuestros propósitos.

Gracias a la movilización entusiasta y valerosa de millares de comunistas, el Partido pudo realizar este esfuerzo. Pero no lo realizó solo. Lo realizó apoyado por decenas de miles, por centenares de miles de propagandistas voluntarios.

Esta Jornada, que marca el punto de arranque de una nueva fase en la lucha contra la dictadura franquista, ha revelado la enorme fuerza del sentimiento democrático latente en nuestro país; el papel decisivo que la lucha de la clase obrera y de las masas populares juega en la descomposición del régimen y en la movilización de fuerzas sociales no proletarias, en la resistencia a la dictadura.

Y cuando Franco, en su discurso ante las Cortes de procuradores se vió obligado a referirse a la Jornada de Reconciliación Nacional y habla de los "millones" que se gastaron en su preparación, de los millones de cartas que se enviaron "desde el extranjero", de los "millones" que se han invertido en panfletos y compras de conciencias, pretendiendo dar una idea calumniosa y deformada de la Jornada, no puede ocultar el volumen y la trascendencia política de ésta.

En la Jornada fueron movilizados millones, es verdad. Pero no millones de pesetas o de francos, o de dólares, porque no los tenemos, aunque todo el Partido se sacrificó para sufragar los gastos de propaganda y organización, sino millones de voluntades.

Decenas, centenares de millares de mujeres y hombres sencillos, en toda España, distribuían la propaganda del Partido; la reproducían, hacían ellos mismos la propaganda de la Jornada.

Era una cadena de esfuerzos, de voluntades y de corazones, una suma de energías que trazaban la verdadera fisonomía del pueblo español, su amor a la libertad y la democracia.

Como se señala en la declaración del Partido sobre la Jornada, ésta ha constituido un original plebiscito antifranquista, en el que han participado millones de españoles, con huelgas y paros parciales, disminuyendo la producción, no haciendo horas extraordinarias, boicoteando los transportes y mercados, haciendo jornadas de recogimiento, desarrollando una intensa movilización política en todo el país contra la dictadura franquista.

Y los que negaban la influencia del Partido Comunista, los que había extendido la esquila de defunción a los comunistas, se han visto obligados a reconocer que el Partido Comunista está vivo y actúa. Que es capaz de organizar lo que no han sido capaces de hacer otras fuerzas que no tienen tantas dificultades para actuar como el Partido Comunista: una impresionante demostración de protesta contra el régimen en escala nacional.

Incluso la prensa burguesa extranjera, que no se distingue por sus simpatías hacia el comunismo, se vió obligada a reconocer el gran triunfo que la Jornada de Reconciliación Nacional significaba para el Partido Comunista.

En "Le Monde", de París, podía leerse en la misma tarde de la Jornada lo siguiente:

"Las autoridades españolas prestan a menudo a los comunistas en las diferentes manifestaciones de hostilidad al régimen o de reivindicaciones sociales repetidas desde hace algunos años, más influencia de la que tienen realmente. Mas, parece claro, que el Partido Comunista tiene derecho esta vez a reivindicar el éxito de la demostración. El es, en efecto, quien ha tomado la iniciativa de

proponer a los otros movimientos de oposición la organización para hoy, 5 de Mayo, de una Jornada de Reconciliación contra el franquismo.”

Efectivamente, la Jornada representaba una victoria del Partido Comunista, del trabajo de los comunistas, de nuestra lucha contra el franquismo.

Pero, a la vez, la Jornada ha sido una victoria de todo el pueblo una confirmación de la tesis aprobada en el Pleno pasado, de que, en el período actual, la contradicción que se halla en el primer plano en nuestro país, es la contradicción entre el capital monopolista de un lado y del otro, las demás clases y capas de la sociedad, es decir, los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía y la burguesía media o nacional.

Esto ha sido demostrado y refrendado por la participación en la Jornada, y bajo la dirección del Partido Comunista, de amplios sectores nacionales, no proletarios.

La Jornada del 5 de Mayo pasará a la historia como el primer movimiento político organizado de envergadura nacional, contra la dictadura y organizado, además, fundamentalmente, por el Partido Comunista.

La Jornada ha sido para las camarillas que gobiernan y para los políticos miopes que se pasan la vida elaborando planes de transición, arbitristas, sin una base real, una especie de seísmo.

Culminación de un amplio movimiento de masas que, orientado por el Partido, ha ido desarrollándose paso a paso, rompiendo los obstáculos que presentaba la dictadura y superando los que ponían ciertos aliados, la Jornada ha puesto de manifiesto de manera inequívoca que el factor decisivo en la actual situación, la fuerza determinante de todo el cambio real que puede producirse en España, es el pueblo, son las masas, es la clase obrera.

Tras la Jornada, se habla mucho menos en España de juntas militares, de paso de poderes a la monarquía, etc. etc., lo que no significa que no esté planteado, con mucha más urgencia que anteriormente, el problema de un cambio de régimen.

Pero hay alguien que todavía no admite ni la acción ni la presencia del pueblo, que se reincorpora, que agrupa sus fuerzas, y reclama con voz cada vez más poderosa, sus derechos pisoteados durante veinte años.

Por no tolerar la presencia de este factor decisivo, grupos de extrema derecha, que alardean de oposición, se colocaron el día 5, aunque de manera vergonzante, al lado de la dictadura, posibilitando el despliegue y la movilización de fuerzas y la propaganda realizada por aquella.

Por las mismas causas algunos dirigentes antifranquistas, de izquierda y de derecha, se abstuvieron de tomar una posición favorable a la Jornada, vacilando, como dice nuestra Declaración,

“...entre el deseo de que tuviera éxito una acción antifranquista y el de que fracasara una iniciativa del Partido Comunista”.

Pero los hechos son tozudos, y los hechos proclaman, pese a las acrobáticas e ingeniosas especulaciones de ciertos políticos “liberales”, que desde

el Pleno pasado, como ya hemos señalado, el eje de la política en nuestro país, ha sido la lucha de las masas populares orientadas por el Partido Comunista contra la dictadura.

¿Era justa la orientación trazada por nuestro III Pleno? Nosotros creemos poder afirmar que las decisiones tomadas en el III Pleno eran justas, y la práctica ha venido a confirmarlo sin lugar a dudas.

*

Con la política de reconciliación nacional el Partido Comunista ha situado el problema de la unidad de las fuerzas antifranquistas, interesadas en cambiar la situación, en un terreno accesible para todos, y con la Jornada se ha mostrado a estas fuerzas las inmensas posibilidades de lucha contra la dictadura que existen en el país.

El aislamiento de la minoría que detenta el poder ha sido comprobado en la realización de la Jornada de Reconciliación Nacional.

El Gobierno pudo movilizar al Ejército y al aparato represivo, pero ninguna fuerza de masas salió a la calle a mostrarles su adhesión.

Tratando de impedir la organización y realización de la Jornada, las autoridades no sólo presionaron y amenazaron a los obreros y a los campesinos, a los intelectuales y estudiantes progresistas. Amenazaron también con severas sanciones a los comerciantes, industriales y terratenientes, colectivamente sospechosos de simpatizar con la protesta popular contra la dictadura.

Tal actitud sólo puede explicarse en un gobierno que se sabe sin autoridad, en un régimen precario que, en su miedo pánico a la acción de las masas, recurre a procedimientos, que en lugar de reforzar su autoridad, la debilitan, alejando de su lado a núcleos sociales que en tiempo constituyeron una parte importante de su base.

Y al referirnos al grupo principal que detenta el poder, quizás no sea correcto continuar hablando de una camarilla, ya que a estas alturas corresponde más a la realidad hablar de la existencia de diversas camarillas, que se disputan el poder y aún la herencia de la dictadura.

Una de estas camarillas, bien diferenciada, la componen los restos de la alta burocracia falangista, agrupados particularmente en torno al ministerio de la Vivienda, al de Trabajo, a la Secretaría General del Movimiento, a los gobiernos civiles y a las jefaturas del movimiento sindical.

Esta camarilla libra, en realidad, desde hace tiempo, una batalla en retirada, acosada por los ambiciosos representantes del Opus Dei. Su aspiración, hoy que la Falange se halla descompuesta y ha perdido toda la importancia política que tuvo en el pasado, es resistir en los puestos que aún conserva e impedir su completa eliminación.

Se encuentra, por otro lado, la camarilla opusdeista, reducida, es verdad, pero cuyos hombres están excelentemente situados en los rodajes del Estado y de las finanzas, disciplinada e insaciable, que pretende apoderarse de la dirección del país y coronar su actividad con la restauración de una monarquía medieval, en la que piensa situarse para la eternidad.

Actúa paralelamente, la camarilla monárquico-franquista, asociada menor del Opus Dei, dedicada a acrobacias políticas, pero tratando de hacer com-

patible su adhesión a Franco con su fidelidad al pretendiente, lo que le lleva a veces a quedar en situación bastante desairada, pues por servir a dos señores, con ambos queda indispueta.

Existe la camarilla de altos jefes del Ejército, que alternan el oficio militar con las sesiones y las dietas de los grandes Consejos de Administración; los Alonso Vega, Barroso, Franco Salgado, Rotaèche, Nieto Antúnez, Carrero Blanco, Basterreche, etc. etc., amigos de Franco, pero mucho más amigos de sus prebendas y emolumentos.

Estas diversas camarillas, emparentadas de un modo u otro con la oligarquía monopolista, acordes en principio en mantener el poder que a ésta sirve, libran entre sí una lucha por la conquista de posiciones que a veces trasciende hasta las columnas de la prensa oficial; lucha que se acentúa cuanto más débil es la situación de la dictadura.

Situado entre ellas, Franco ya no es el árbitro supremo, la garantía común a todos ellos; Franco es el hombre cuyo relevo es inevitable, relevo que cada una de ellas desea conformar a su hechura y semejanza, o cuando menos, garantizar en él sus privilegios.

El inestable equilibrio de la competición de estas camarillas, que cualquier acontecimiento inesperado, cualquier sacudida popular puede echar por tierra, es la base del poder que existe hoy en España, una base extraordinariamente precaria, que sin la protección y la llamada ayuda norteamericana, tardaría muy poco en derrumbarse.

¿Cuántos hombres de los que ayer apoyaron a Franco darían hoy, no ya su sangre sino ni siquiera su voto para mantener en sus prebendas a los jefes de la alta burguesía falangista? ¿En qué sector popular encontrarían apoyo la secta opusdeista o los monárquicos franquistas? ¿Cuántos militares estarían dispuestos a batirse por mantener en los consejos de administración al puñado de altos jefes, que están haciendo grandes fortunas, mientras sus compañeros de carrera viven no ya modestamente, sino incluso con grandes dificultades?

La verdad es que detrás de esas camarillas que se disputan el poder en torno al general Franco, no hay ninguna fuerza social seria, y que todo ese tinglado podría caer en cuanto los españoles antifranquistas, de derecha y de izquierda, se decidieran a coordinar sus fuerzas en la acción por imponer los cambios políticos que España necesita.

Cierto que hay observadores extranjeros y políticos españoles antifranquistas que atribuyen una importancia decisiva al juego de esas camarillas, a quienes denominan "grupos de presión", y que piensan que esas camarillas poseen la llave del futuro. Esa es una ilusión engañosa que sólo puede confundir a quienes no conocen la realidad, o a quienes aceptan dejarse engañar y a los malabaristas políticos, que no cuentan con el pueblo, que olvidan que el pueblo es ajeno a esos juegos y que él será, en definitiva quien diga la última palabra.

Y olvidan esto porque tras veinte años de dictadura se han acostumbrado a no contar para nada con él y se han hecho a la idea de que puede seguirse prescindiendo permanentemente del principal interesado.

El despertar de esas gentes será amargo y hacen mal en fiarse de las apariencias.

Es posible que alguien pregunte: Si la situación de España es así, ¿cómo puede mantenerse la dictadura? Las razones son diversas.

Entre ellas, cuenta la actitud de ciertos sectores burgueses, de determinadas fuerzas de derecha, que conscientes de que la caída de la dictadura es inevitable, se encuentran sin instrumentos políticos de recambio, sin partidos políticos con influencia de masas, prestos para asegurar sus posiciones en un cambio democrático.

Estas fuerzas, al apoyar en un tiempo a la dictadura, al régimen del partido único fascista, creyeron terminar para siempre con la lucha de clases y con los partidos políticos democráticos y obreros que representan los intereses de fuerzas sociales, que no pueden ser eliminadas.

Con su fusión con el Movimiento dirigido por Falange, destruyeron con sus propias manos los instrumentos políticos que ahora podrían servirles. No contaron con que el fascismo era un régimen político efímero y pasajero, y, renunciando a sus propios partidos políticos, comprometieron y arriesgaron gravemente su porvenir. Ahora temen el cambio inevitable como se teme el salto en el vacío, porque no poseen el instrumento político propio que les permita influir con eficacia en la marcha de los acontecimientos.

Sin embargo, esas fuerzas se dan cuenta de que cuanto más se prolongue esta situación, más obscuro aparece su porvenir. Se sienten entre la espada y la pared, y por una reacción más instintiva y animal que consciente y realista, asisten a la agonía del régimen, resignándose a presenciar la disputa de las camarillas, apoyando a veces a unas contra otras, aunque convencidas de que en el fondo todo eso no resuelve nada.

Si en vez de dejarse ganar por el miedo razonaran, comprenderían que la inhibición y la pasividad no son el camino que puede ofrecerles una salida. Que, en realidad, el único camino de salvación es la ruptura abierta con la dictadura.

En los últimos tiempos se ha reorganizado un grupo que refleja cabalmente las vacilaciones y temores de la burguesía de extrema derecha, y los esfuerzos de ésta por mantener a flote una situación que se hunde. Se trata de las fuerzas agrupadas en torno a la Editorial Católica, que parecen tener por cabeza visible a Martín Artajo, aunque su verdadero cerebro sea el Obispo de Málaga, Sr. Herrera Oria, conocido de antiguo por sus actividades en Acción Católica. Este grupo que representa intereses económicos bien de este bajo mundo, aunque se disimulan tras una cristalería de religiosos colores, trata de ganar tiempo y posiciones impulsado por una realidad apremiante; que la dictadura está descompuesta y que ellos no tienen nada sólido con qué reemplazarla.

Porque está descompuesta es inútil sostenerla *incondicionalmente* ya que puede arrastrarlos en la caída, pero como no tienen nada sólido con que reemplazarla, conviene apuntalarla, ponerle algún soporte para ganar tiempo y ver si se produce el milagro que resuelva favorablemente para ellos la contradicción.

Del choque de estos dos hechos contradictorios, la sabiduría teológica de los inspiradores del grupo de la Editorial Católica ha elaborado una línea

política difícil y complicada: “Modificar” la dictadura, “liberalizar” su funcionamiento, darle cierta forma “parlamentaria”, admitiendo “grupos de opinión” —para no llamarlos partidos— que se alternen en el gobierno; que jueguen a “criticarse” y que gocen de ciertas licencias de prensa, siempre que esos “grupos de opinión” coincidan en lo principal, que el grupo de Editorial Católica define como “los principios del movimiento nacional” y la fidelidad al “caudillo”.

En la práctica, se trataría de dar a las actuales camarillas, incluyendo entre ellas al grupo de la Editorial Católica, una cierta apariencia de partidos políticos, y al régimen, una cierta flexibilidad de que hoy carece.

Para realizar esta política, el grupo de la Editorial Católica se define a sí mismo por boca de Artajo, como “colaboracionista” e “independiente” reflejando hasta en el nombre la contradicción que le anima.

Colaboran, sostienen a la dictadura; pero para no comprometerse demasiado, hablan de “independencia”.

Es pueril pensar que con eso van a desviar el ansia generalizada de libertades que anima al pueblo español; y resulta lamentable que hombres maduros y experimentados en la política piensen que se puede salir del atasco político, ofreciendo sus servicios a la dictadura y tratando de aparecer, al mismo tiempo, ante los antifranquistas, como sus delegados, subrayando su “independencia”.

Este grupo vería también con placer la restauración monárquica porque un rey encabezando el sistema ideado contribuiría a dar la sensación de que algo ha cambiado.

Cuando Martín Artajo fué despedido del gobierno por el “caudillo” y, alejado de responsabilidades gubernamentales, parecía dispuesto a rectificar sus posiciones pasadas, nosotros estimamos públicamente como positiva su posición de entonces, pese a su cargado historial político.

Ello nos da hoy más autoridad para condenar, desde el punto de vista de los intereses nacionales, su actitud y la actitud del grupo de la Editorial Católica y de las altas jerarquías eclesiásticas que se encuentran tras él. Nosotros nos permitimos decirles que el camino que han emprendido no es el mejor para hacer olvidar al pueblo, y a los católicos mismos, la responsabilidad de las altas jerarquías eclesiásticas en la instauración y la continuidad de la dictadura.

Que es muy mal camino para hacer olvidar la responsabilidad del propio señor Artajo en los acuerdos hispano-yanquis por los que se entregaron a los norteamericanos trozos de España, sobre los cuales se han establecido bases norteamericanas que ponen en grave riesgo la paz y la seguridad de nuestro país.

La política del grupo del señor Artajo conduce a sostener la dictadura, dando la apariencia hipócrita de una “independencia” que no existe. El fondo verdadero de esa política puede encontrarse en el reciente discurso de monseñor Plá y Daniel ante los alféreces provisionales que hicieron la guerra en el Ejército de Franco, con el que ha tratado de avivar los odios y las discordias, hurgando de nuevo en las heridas de la guerra civil, en lugar de ayudar a restablecer la convivencia civil entre los españoles.

Pero esa política no representa hoy la opinión de amplios sectores de la Iglesia; no representa la opinión de hombres católicos de gran influencia que

tienden a constituir un partido demócrata cristiano abierto a una amplia política de reformas sociales; ni mucho menos corresponde a las corrientes progresistas, actualmente importante, en el catolicismo español; todas estas fuerzas son las primeras interesadas en denunciar esa política, en condenarla, como altamente perjudicial para el futuro de España y de la propia Iglesia.

Es evidente que esa política, que no sirve el interés de España, sino el interés de la dictadura, es una política sin futuro. ¿Corresponde esa política a los intereses de la Iglesia Católica? La respuesta deben darla, normalmente, los propios católicos

Sin inmiscuirnos en lo que no nos corresponde —doctores tiene la Iglesia...—, nos sentimos con el derecho e incluso el deber, de dar una opinión que concierne al desarrollo futuro de la situación en España.

El Partido Comunista ha propugnado y propugna que los cambios políticos hacia la democracia se produzcan pacíficamente, sin violencias sangrientas, sin recurrir de nuevo a la guerra civil, que la mayoría de los españoles no deseamos.

El Partido Comunista se ha pronunciado por un régimen democrático en el que las diferentes fuerzas sociales y políticas puedan expresarse libremente, defender sus intereses, dentro de un marco común: el respeto a la voluntad popular.

En ese régimen la Iglesia Católica debe gozar de la tolerancia y el respeto. Dando prueba de realismo, los comunistas hemos propugnado que el Estado, aun separado de la Iglesia, subvenga económicamente al mantenimiento del culto.

Nuestro Partido es la única fuerza obrera y republicana española, que en oposición al viejo anticlericalismo pequeño burgués, ha avanzado semejante posición en su programa.

Lo hemos hecho así, porque ello es una necesidad del desarrollo pacífico de la democracia en nuestro país y para crear un ambiente nuevo que facilite la convivencia de la Iglesia y las fuerzas democráticas y progresistas; que ponga fin a la intolerancia en uno y otro campo y quite a las fuerzas de extrema derecha todo pretexto para dar a las luchas políticas y sociales un carácter religioso, como falsamente han venido haciéndolo hasta ahora.

Mas para que ese desarrollo pacífico de la democracia sea posible, no basta que lo queramos así la clase obrera, los comunistas, las fuerzas avanzadas y progresivas de nuestro país. Para que ese camino sea viable es imprescindible el concurso de otras fuerzas.

Conocida la posición de las fuerzas democráticas españolas propicia a un cambio pacífico, la responsabilidad de que éste sea posible o no, corresponde ahora en parte fundamental a la actitud que adopten las altas jerarquías de la Iglesia. En sus manos está, en lo esencial, hacer que el cambio sea pacífico, o que cerrados todos los caminos no le quede al pueblo más solución que la violencia.

Hoy reiteramos el llamamiento que hicimos hace unos meses a la Jerarquía y a los católicos. ¿Cuál será la respuesta? Esperemos que no sea como la que encierra el ya citado discurso de guerra civil de monseñor Pla y Daniel. Esperamos que la respuesta tenga el tono del documento firmado por 50 sacerdotes demandando la libertad de los presos; del sermón del párroco

de Campuzano; del documento de los sacerdotes y católicos de Santander. Es decir, que sea una respuesta que, en lugar de avivar los odios y los rencores de la guerra civil, contribuya decisivamente a fortalecer el clima de Reconciliación Nacional.

Estamos persuadidos de que hoy los comunistas y la mayoría de los católicos españoles coincidimos en condenar las injusticias sociales de este régimen, la falta de libertad, y en desear una solución inspirada en las ideas de reconciliación y de respeto para todas las opiniones políticas y creencias religiosas.

*

Otro factor que contribuye a la prolongación de la dictadura reside en la actitud política de grupos y partidos antifranquistas que, más o menos organizadamente, empiezan a realizar cierta actividad.

¿Hacia dónde se orientan esas fuerzas, cuando actúan políticamente? ¿Hacia el pueblo, hacia las capas medias, hacia la burguesía descontenta, es decir, hacia aquellas fuerzas en las cuales puede estar la posibilidad de su desarrollo como tales partidos?

Desgraciadamente, no. Esas fuerzas están todavía muy influídas por la lucha de las camarillas que se desarrolla en torno al poder. Se dedican a elaborar planes tan arbitrarias como los de las camarillas y que parecen como una prolongación de los de éstas.

Las fuerzas antifranquistas citadas giran en torno a la idea de que quienes deciden son los llamados, por eufemismo, "grupos de presión"; es decir, los sostenedores actuales de la dictadura. Para ellos tampoco cuenta el pueblo. No importa que las masas se muevan, actúen, luchen; para ellos lo cotizable son los "grupos de presión".

A veces, cuando el pueblo se agita recuerdan que existe y por un momento se inclinan levemente hacia él. La víspera de un movimiento popular aconsejan que no se vaya demasiado lejos, porque no conviene asustar demasiado a las fuerzas de derecha. Al día siguiente se quejan de que el pueblo no ha ido bastante lejos y no ha asustado lo suficiente a los "grupos de presión" para que éstos acepten sus planes.

Con esa conducta es lógico que tales partidos tarden en madurar, en salir del período embrionario; es lógico que no consigan representar amplias corrientes populares, como podrían hacerlo, si tuvieran un programa y una actividad más acorde con los problemas reales de las fuerzas sociales que pretenden representar.

Es indudable que esos grupos y partidos, para desempeñar un papel de importancia tendrán que superar esta etapa. Pero, de continuar como hasta ahora, corren el riesgo de llegar demasiado tarde y de ser sobrepasados por los acontecimientos.

*

Al plantear estas cuestiones nosotros no ignoramos la preocupación natural, dado los intereses que representan, de ciertos hombres y sectores sociales por evitar una ruptura demasiado brusca con la actual situación, que pudiera generar violencias.

Por no ignorarlo, el Partido, en su Declaración de febrero de 1957, pronunciábase en favor de la constitución de

“un gobierno compuesto por elementos liberales de diverso matiz, que diese una amplia y efectiva amnistía política, iniciase el restablecimiento de las libertades públicas, sin discriminación, y se preocupase del mejoramiento efectivo de las condiciones del pueblo”.

Abundando en estas ideas, en el III Pleno del Comité Central, declarábamos:

“El establecimiento de un gobierno liberal no representaría una ruptura radical con la situación que existe hoy, ya que en el seno de lo que fué “Movimiento Nacional”, como su propia negación, se han desarrollado corrientes liberales que en un momento dado podrían facilitar la transición pacífica. Naturalmente que esta posibilidad presupone la existencia de un gran movimiento popular de masas que presione con suficiente fuerza para determinar el cambio. La solución de un gobierno liberal sería apoyada por nosotros, si surgiere en la actual coyuntura. Estamos dispuestos a defenderla como la más conveniente mientras no haya una amplia coalición y un gobierno surgido de esta coalición.”

En este período el Partido ha sostenido relaciones con grupos de derecha en torno a la necesidad de un amplio acuerdo entre las fuerzas antifranquistas de derecha e izquierda, que conduzca a la liquidación de la dictadura y a poner en manos del pueblo la cuestión del régimen político.

A fines del año pasado los representantes de dichas fuerzas hicieron a nuestro Partido una proposición política que consistía en lo siguiente:

Teniendo en cuenta que formalmente España es un reino, ir, previa la liquidación de la dictadura, al nombramiento de un lugarteniente del Reino, y a la creación de un gobierno provisional presidido por dicho lugarteniente en el que estarían representadas diferentes y amplias fuerzas políticas, incluso nuestro Partido, que tendría un ministro sin cartera.

Este gobierno restablecería inmediatamente las libertades políticas para todos los partidos sin excepción, comprendida, naturalmente, la libertad de prensa y de palabra. En el plazo de tres años este gobierno iría a una consulta al pueblo, para que éste decidiese libremente el régimen político de su preferencia; es decir, república o monarquía.

El Buró Político, después de examinar atentamente la proposición, contestó con el siguiente memorándum:

“Estando en principio de acuerdo con el esquema de su plan político, por considerar que éste corresponde a la situación de nuestro país, deseamos hacer algunas preguntas y observaciones:

1. Este plan, preguntamos, ¿es una iniciativa individual, es la iniciativa de un grupo político determinado o la de un conjunto de grupos y fuerzas diversas?

2. En el primer caso —iniciativa individual o de grupo— ¿qué hacer para conseguir que tras él se agrupen fuerzas suficientemente considerables para asegurar su viabilidad? ¿Pueden preverse gestiones conjuntas o paralelas de sus iniciadores y del Partido Comunista cerca de otros grupos o personalidades?
 ¿Puede preverse una declaración conjunta o paralela de sus iniciadores y de nuestro Partido en favor de tal plan?
 ¿Sería útil que el Partido Comunista manifestase públicamente en este momento su apoyo a tal plan?
3. En el segundo caso —iniciativa de un conjunto de grupos— se impone encontrar una forma de relación y contacto entre éstos y los otros partidos o grupos que puedan adherirse al plan. ¿Cómo se establecería esta relación? ¿Un comité de relaciones? ¿Una Junta Nacional? ¿De qué forma piensan hacer público el plan o solución política propuesta?
4. El mantenimiento de esta solución, en la idea de sus patrocinadores, ¿está subordinada a la aprobación de don Juan de Borbón?
 Y si éste, como es probable, se opone a dar su beneplácito al plan, ¿renunciarían a él sus patrocinadores?

A nuestro juicio, sería mejor que don Juan diese su acuerdo. En caso de que no lo hiciera, hay dos caminos: mantener el plan, aun sin la aprobación del pretendiente al trono, o renunciar a la lugartenencia y proponer un gobierno provisional sin signo constitucional definido.

Cualquiera de las dos tendría nuestro apoyo.

Sobre el contenido del plan

1. La etapa de transición en la cual un lugarteniente del reino asume el papel de jefe interino del Estado no debería sujetarse a plazos fijos, ya que éstos deben subordinarse a la evolución de la situación, tendiendo siempre a que esos plazos sean lo más breves posible.
2. Sería preferible que el lugarteniente del reino no sea a la vez Presidente del Gobierno, y que este papel lo desempeñe otra persona designada por él. Ello daría mayor autoridad moral al jefe interino del Estado, serviría para que la autoridad política estuviese más compartida, lo que marcaría aún más la diferencia con el actual régimen y sería visto con agrado por el pueblo.
3. En relación con el gobierno provisional, lo decisivo, a juicio nuestro, es su programa y que en la aplicación de éste se comprometan solemnemente todas las fuerzas participantes.

En relación con el programa:

- a) Estamos plenamente de acuerdo con el establecimiento de la libertad más completa para todos los partidos políticos, sin excepción, y con que la prensa sea de partidos y no de grupos capitalistas privados.

- b) Consideramos como condición indispensable la inmediata promulgación de una amplia amnistía para los presos y exilados políticos.
 - c) Estimamos que el gobierno provisional debería comprometerse a iniciar el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros, campesinos, empleados, funcionarios.
4. El Partido Comunista está dispuesto a examinar oportunamente la cuestión de su participación en el gobierno provisional y decidido a no rehuir sus responsabilidades en la aplicación de los compromisos que contraiga conjuntamente con las demás fuerzas anti-franquistas.

El Partido Comunista juzga, en cualquier caso, que su participación en los órganos de relación entre las diferentes fuerzas y grupos comprometidos en ese plan es absolutamente necesaria. Su apoyo está condicionado a su participación efectiva, junto a las demás fuerzas, en las decisiones políticas y prácticas tendentes a poner fin a la dictadura y a establecer un gobierno de transición.

En el caso de que el gobierno provisional no estuviese integrado por representantes de todos los partidos de oposición, el Partido Comunista considera indispensable la creación de un consejo consultivo —o cosa semejante— que actúe cerca del gobierno provisional, por lo menos mientras no se estructuran las instituciones democráticas representativas, en cuyo Consejo debería haber una representación de cada Partido o grupo de la oposición, sin excepción.

Sobre la acción política

El Partido Comunista aprecia justamente la importancia que puede tener para la realización de este plan el apoyo de amplios sectores del Ejército y aprueba cuantos esfuerzos se hagan para conseguir dicho apoyo por parte de la fuerza mejor situada a estos efectos.

Pero considera errónea la concepción que redujese toda la acción política a un hipotético golpe militar.

El Partido Comunista estima decisiva la participación de la opinión pública, de las masas populares, en la acción política contra la dictadura. Sin esa participación sería muy difícil, cuando no imposible, decidir a los militares a ninguna acción; y en el caso de que se decidiesen a ella, el éxito sería muy problemático, e incluso en caso de éxito, la solución triunfante no contaría con el apoyo indispensable del pueblo.

Por eso sometemos a la consideración de nuestros interlocutores y de quienes comparten sus puntos de vista, nuestra proposición para una Jornada de Reconciliación Nacional.

Esta Jornada, como se indica en la Resolución del Comité Central de nuestro Partido, no es ningún complot, ninguna subversión; trata de ser una demostración cívica, de carácter pacífico contra la dictadura.

Todas las fuerzas nacionales deberán participar en ella y asumir su responsabilidad.

Además de esta acción, que sería, de hecho, un acto de sostén al plan político que se nos propone, los comunistas estamos dispuestos a apoyar todo género de iniciativa razonables y realistas que sirvan para movilizar la opinión pública en favor de los objetivos propuestos.

Consideramos que las fuerzas políticas comprometidas deberían elaborar todo un plan de acción encaminado a poner fin a la dictadura, plan basado en la movilización de la opinión pública, en la movilización de las masas populares.”

Sin dejar de hacer ciertas observaciones al plan, como podéis ver, nosotros estábamos de acuerdo, en líneas generales, en apoyar una solución de carácter liberal, que dejaba abierta, en manos del pueblo, la decisión de la cuestión del régimen político. Considerábamos que esta actitud cuadraba con la línea aprobada en el III Pleno del Comité Central del Partido. Vosotros diréis si estábamos acertados o si, por el contrario, nos hemos equivocado.

Como es lógico, en el Memorándum nosotros insistíamos sobre la necesidad de desarrollar la lucha del pueblo contra la dictadura, de participar en la organización y realización de la Jornada, pues sin esa lucha no es posible acelerar la liquidación del actual régimen y abrir la vía a otra solución política.

Nosotros convinimos en que sin cifrar nemasiadas esperanzas en este plan concreto, el comienzo de conversaciones entre las fuerzas antifranquistas de izquierda y derecha y la búsqueda de una solución, a través de la negociación, era ya un paso positivo, que podía conducir, con la ayuda de la lucha de las masas populares, a un acuerdo, en estos términos o en otros, es decir, con lugarteniente o sin él.

Con nuestro Memorándum el Partido ofrecía la prueba de su voluntad de llegar a una solución de reconciliación que pudiera abarcar a las fuerzas monárquicas; ofrecíamos una demostración de nuestra voluntad de acatar el fallo del pueblo sobre la cuestión del régimen político.

Y en el futuro, los historiadores que analicen los documentos y las informaciones de este período, tendrán que reconocer que el Partido Comunista hizo todo lo posible, dio ejemplos de flexibilidad, para lograr una inteligencia política de carácter nacional que evitase violencias y desgarraduras al país.

Y si ciertas fuerzas de derecha no parecen apreciar suficientemente nuestra actitud, estamos seguros en cambio, que el pueblo y los diferentes sectores sociales lesionados por el franquismo sabrán apreciarla y sentirán acrecida su confianza en la madurez y comprensión política de nuestro Partido. Y tal resultado no puede más que beneficiarnos, que beneficiar a la causa que representamos.

En el curso de las negociaciones con las fuerzas de derecha citadas el Partido ha insistido para que estas reuniones salieran del marco bilateral, y puesto que existía una amplia base de acuerdo entre diversas fuerzas, que se continuase la discusión colectivamente entre los representantes de todas ellas. Aunque sin cerrar totalmente esta perspectiva, no hemos logrado una actitud favorable. Los interlocutores del Partido han considerado que, por el momento, el único método viable eran las conversaciones bilaterales.

En el curso de éstas, y sin advertencia previa, nos hemos encontrado con un documento que, autorizado por la firma de la democracia cristiana, de los liberales y con la de una llamada, sin más apellidos, *Socialdemocracia*,

y unos denominados *sindicatos libres*, significa un franco retroceso en relación con las propuestas que nos habían sido hechas, tanto a nosotros como a los partidos republicanos.

En ese documento se reclama el compromiso para las fuerzas participantes de un acuerdo de defender, llegado el momento de la consulta al pueblo, la monarquía como régimen político de España y la renuncia a la forma republicana.

De hecho, los que se llamaban "accidentalistas" se declaran monárquicos y demandan de los partidos republicanos y obreros que hagamos lo propio.

Decir que nos ha sorprendido esta salida no sería lo más exacto. Conocemos sobradamente lo que dan de sí las inclinaciones a la acrobacia y a la especulación en materia política. Conocemos las tendencias a colocar la solución del problema político español en manos de los "grupos de presión", prescindiendo del pueblo.

Mas, sobre todo, no ignoramos la posibilidad de las diversas camarillas de influir sobre estos nacientes partidos políticos; sus manejos para estorbar la acción, para reducirlos a la impotencia en un intento de frenar el desarrollo de la oposición a la dictadura.

Y estamos ante los resultados de una de esas maniobras, de esas presiones, destinada a impedir el entendimiento de la fuerzas antifranquistas.

Ni siquiera nos indignamos demasiado de la inconsecuencia y ligereza de nuestros interlocutores, aunque nos extraña que hombres de la seriedad y la consecuencia antifranquista de algunos de ellos se dejen envolver en esos juegos.

Por nuestra parte continuaremos, pese a todo, discutiendo. Conocemos la medicina contra esos manejos: la movilización de la clase obrera y de las masas antifranquistas. Y en la situación actual, pueden estar seguros que ese eficaz remedio no ha de faltar.

En relación con esto, saludamos posiciones como la que ha tomado Indalecio Prieto en uno de sus últimos artículos de "El Socialista" criticando justamente el documento a que aludimos. También consideramos positiva la posición que frente a él ha tomado Rodolfo Llopis. Posteriormente el VII Congreso del PSOE ha ratificado la posición política, contraria a una restauración monárquica impuesta sin consulta al pueblo, adoptada por el Partido Socialista en común con otras fuerzas políticas republicanas en febrero de 1957.

Este mismo hecho nos obliga a llamar la atención de los compañeros socialistas sobre un aspecto del juego político de algunos dirigentes de la oposición de derecha, empeñados no sólo en imponer como condición previa para un acuerdo con las fuerzas de izquierda, la aceptación por éstas de la monarquía, sino servirse de la división entre socialistas y comunistas para llevar el agua a su molino antidemocrático.

Cuando tratan con nosotros esos señores —y lo hacen porque están persuadidos de nuestra fuerza— afirman que no es posible salir del plano de las relaciones bilaterales, porque el Partido Socialista se opone a toda relación con el Partido Comunista.

Creemos no estar muy lejos de la realidad al pensar que cuando, por otro lado, tratan con el Partido Socialista, o con grupos republicanos, no se

esfuerzan en persuadir a éstos de la necesidad de modificar su oposición a tratar con nosotros; e incluso, sin pecar de maliciosos, suponemos que más bien les animan a persistir en tal actitud.

La ventaja que obtienen estos grupos de este juego es clara: la situación anormal existente en las relaciones del Partido Socialista y el Partido Comunista, por el anticomunismo de los socialistas, coloca a esos grupos de derecha en el papel de árbitros.

Y desde este papel de árbitros, representando fuerzas incomparablemente menós importantes que las de los dos partidos obreros, consiguen, sin embargo, que en las negociaciones todo gire en torno a ellos, y que sus soluciones aparezcan en primer plano.

Por donde resulta una vez más, que el anticomunismo sólo favorece a aquellas fuerzas inclinadas a una solución extraña a la voluntad del pueblo, y en último extremo, a prolongar la subsistencia de la dictadura.

Y creemos que es hora ya de poner fin, por parte de los compañeros socialistas, a esta anómala situación, que no favorece el desarrollo de la lucha y que facilita a los grupos de oposición de derecha la continuación de una política de maniobras dilatorias, tendentes a reforzar sus posiciones, y a dar la impresión de una fuerza que todavía no tienen.

Desgraciadamente el VII Congreso del PSOE celebrado el pasado mes de agosto en Toulouse, ha escrito una nueva página vergonzosa en el ya cargado historial anticomunista de ciertos dirigentes del Partido Socialista. El mensaje "Al mundo democrático", aprobado en dicho Congreso, se basa, fundamentalmente, en la tesis de que el Partido Socialista no sólo lucha contra el franquismo sino contra el comunismo y contra el "sovietismo". Es más, la lucha contra el franquismo se presenta, ante todo, en función de la lucha contra el Partido Comunista. En el fondo, la principal acusación contra la dictadura de Franco que se hace en ese documento es su impotencia para impedir el gran incremento que está tomando la organización y la influencia política del Partido Comunista, así como la simpatía del pueblo hacia la Unión Soviética y hacia los otros países socialistas.

No atreviéndose a mirar la realidad cara a cara, no atreviéndose a explicar las causas reales de esa actitud de los trabajadores y del pueblo; queriendo ocultar que si los comunistas son los principales dirigentes de los huelgas obreras, y si la Jornada de Reconciliación Nacional organizada fundamentalmente por los comunistas ha tenido el éxito conocido, ello se debe a la acertada política unitaria del Partido Comunista, a sus sacrificios y abnegación en la lucha contra el franquismo, el VII Congreso del Partido Socialista cae en la monstruosa aberración de explicar los éxitos del Partido Comunista por... ¡las facilidades que le concede Franco!

Curándose en salud ante la acogida que semejante leyenda puede encontrar en nuestro pueblo, los autores del Mensaje ofrecen una "prueba" que está formulada así: "según saben los servicios informativos de varias potencias, un líder comunista español... pasó a España para entrevistarse con el Ministro de la Gobernación".

Con esta burda calumnia que, si no fuera por los incalificables fines que persigue, habría que dejar abandonada a su propio ridículo, el Congreso del Partido Socialista Obrero Español ha proporcionado una prueba, ésta sí

evidente, estampada en documento oficial, como es el citado Mensaje, del peso y la autoridad de los servicios secretos de ciertas potencias imperialistas en la determinación de la política del Partido Socialista. Lo que ayuda a comprender no pocos aspectos de dicha política y, en particular, la significativa coincidencia de que el infundio acerca de que Franco favorece las actividades de los comunistas, aparecido repetidas veces en la prensa burguesa anglonorteamericana los últimos tiempos, se transforma en tesis oficial del Partido Socialista.

Contribuye a explicar también por qué el VII Congreso del PSOE en lugar de mirar hacia el pueblo, de poner su confianza en las fuerzas de éste, cuyo admirable despertar han puesto de relieve las huelgas obreras y la Jornada del 5 de Mayo, siga mirando hacia las potencias occidentales. Mientras en las resoluciones del Congreso salta a la vista la ausencia de todo llamamiento, de toda orientación al pueblo para desarrollar la lucha antifranquista, en cambio figura destacadísimo el requerimiento a los partidos de la Internacional Socialista para que en caso de muerte de Franco (!) y de su sustitución por un régimen no elegido por el pueblo, logren de sus gobiernos respectivos que no lo reconozcan. Parece increíble, pero es así. Después de una experiencia de veinte años en la que hasta los menos avisados políticamente han aprendido que las potencias occidentales no moverán dedo contra Franco, el PSOE sigue depositando en esas potencias la esperanza de liberación de España.

El VII Congreso ha ratificado, como hemos dicho, la fórmula que preconiza la constitución de un gobierno provisional de carácter nacional sin signo institucional definido, que restaure las libertades políticas y permita al pueblo expresar libremente su voluntad. Esta fórmula, tomada en sí misma, coincide en lo esencial, con la solución que propugna nuestro Partido, y de ahí que resulte aún más absurdo la cerrada negativa del Partido Socialista a todo entendimiento con el Partido Comunista. Pero esa fórmula no es todo. Lo esencial es, ¿cómo hacerla triunfar en la práctica? La experiencia demuestra que no hay más camino que la lucha del pueblo, la unidad de las fuerzas de oposición. Pero, como vemos, en las resoluciones del VII Congreso del PSOE no encontramos la más mínima alusión o estímulo a la lucha del pueblo; encontramos, en cambio, un intento de reavivar las ilusiones en la intervención de las potencias occidentales, lo que equivale a fomentar la pasividad, la espera. Y, al mismo tiempo, llevando hasta extremos repugnantes la fobia anticomunista, recurriendo a las más innobles calumnias contra los comunistas, el VII Congreso levanta nuevos obstáculos en el camino de la unidad antifranquista, cuya realización permitiría acabar rápidamente con la dictadura de Franco.

Este es el triste balance que arroja el VII Congreso del Partido Socialista, celebrado tres meses y medio después de que la clase obrera y el pueblo han demostrado en la Jornada del 5 de Mayo su voluntad de unidad y su capacidad de resolver con sus propias fuerzas el problema político de España.

En cuanto a las calumnias, dejamos a los trabajadores socialistas que permanecen fieles a la honesta tradición de Pablo Iglesias en la lucha política, dejamos a los antifranquistas de todas las tendencias el cuidado de juzgar. Ellos son los mejores testigos de la lucha abnegada de los comunistas,

de que los comunistas son el blanco preferido de la represión, de que son comunistas la mayoría de los detenidos en el curso de este año, para no ir más lejos, en Asturias, Barcelona, Madrid, Vizcaya, Zaragoza y otros lugares, por estar a la cabeza de las huelgas obreras y de la organización de la Jornada del 5 de Mayo. La cárcel y la tortura son las facilidades que Franco ofrece a los comunistas.

Pero tales provocaciones, fruto no sólo de la influencia de los servicios secretos de las potencias capitalistas en el interior del Partido Socialista, sino de la desesperada impotencia de algunos dirigentes políticos ante la creciente fuerza del Partido Comunista, no nos desviarán de nuestro camino, de nuestra acción paciente y tenaz por la unión de todas las fuerzas antifranquistas.

Si las autoridades del Partido Socialista, perdiendo todo sentido de la realidad, declaran que su lucha es contra el franquismo y contra el comunismo, los comunistas reafirmamos una vez más que nuestro enemigo es el franquismo y contra él concentramos todas nuestras fuerzas; en los socialistas vemos nuestros aliados y seguiremos haciendo todos los esfuerzos para vencer los obstáculos que al entendimiento con ello nos ponen los enemigos de la unidad.

Nosotros, comunistas, estimamos que el Partido Socialista debería ser, y posiblemente lo será, un factor importante en la política española. Pero su orientación, en las condiciones actuales, reduce considerablemente sus posibilidades y crea en sus propias filas una situación de desconcierto que paraliza la acción de los trabajadores socialistas que desean luchar contra la dictadura.

Las deliberaciones del VII Congreso, en particular los discursos de Araquistáin y de Prieto, han puesto de manifiesto la existencia de serias divergencias entre la mayoría del Partido Socialista, incluidos sus órganos dirigentes en el exilio, y los elementos que abrogan su representación en el interior de España. Estos han adoptado una línea de restauración monárquica, defendida en el Congreso por Araquistáin, que ha realizado un ataque a fondo contra las posiciones republicanas tradicionales del Partido Socialista, no vacilando para ello en tergiversar tanto el pensamiento de Marx como la trayectoria de Pablo Iglesias.

Ahora está claro quiénes se ocultaban tras la llamada "socialdemocracia" que figuraba al pie del documento monarquizante a que anteriormente nos hemos referido. El VII Congreso del Partido Socialista si bien ha rechazado la línea abiertamente capituladora y monárquica defendida por Araquistáin, le ha hecho serias concesiones. No otra cosa significan: el apartado de la resolución política que autoriza al Comité Director a revisar los acuerdos de París en la dirección deseada por Araquistáin; la neta acentuación del anticomunismo y la renuncia de toda acción de las masas populares que, como ya hemos visto, figuran en las resoluciones del Congreso.

Esto revela que, a favor de la contradictoria política seguida por la dirección socialista, gentes extrañas a las tradiciones republicanas y obreras del P.S.O.E., sostenidas en el exterior por quienes, como Araquistáin, hace tiempo que abandonaron dichas tradiciones, han llegado a adquirir un peligroso predicamento en lo que exista como organización del Partido Socialista en el interior del país y amenazan, incluso, con la escisión del Partido. Por tanto, el VII Congreso ha puesto de manifiesto que el Partido Socialista

atraviesa una grave crisis interna, uno de los períodos más críticos de su historia.

Nuestro deseo sincero es que el Partido Socialista supere esta situación y juegue el papel que le corresponde en la lucha antifranquista.

Y sin pretender inmiscuirnos en los problemas internos del Partido Socialista, pero en consideración a que éste, por acción u omisión, influye en el desarrollo de los acontecimientos nacionales y, por tanto, en el destino de la dictadura y en la situación de nuestro pueblo, consideramos nuestra obligación enjuiciar públicamente su política. Con ello ayudamos a los propios trabajadores socialistas y facilitamos el desarrollo de la lucha contra el régimen.

La reiterada oposición del Partido Socialista a todo acuerdo con nuestro Partido para poner fin a la dictadura y restablecer la democracia, su orientación a crear una coalición antifranquista y anticomunista al mismo tiempo, es un desatino y una incongruencia política, que en vez de fortalecerle le debilita, le divide, le vacía de su vieja substancia obrera y popular y le convierte en juguete de las fuerzas reaccionarias.

Por huir del "contagio comunista" se contagian de reaccionarismo, de monarquismo, y se alejan peligrosamente de la clase obrera y del pueblo.

En el III Pleno de nuestro Comité Central hablamos de los dos caminos de desarrollo posible en nuestro país: uno, el más favorable al desarrollo pacífico de la democracia, el de una coalición de todas las fuerzas antifranquistas sin excepción, que se comprometieran a acatar el fallo de la voluntad popular. Otro, el de una coalición sin comunistas, anticomunista por tanto, que se proponga mantener al margen del juego democrático a nuestro Partido y otras fuerzas progresivas.

En esta coalición decíamos:

"...el Partido Socialista y los republicanos, aislados de todas las fuerzas más vitales del pueblo, serían prácticamente prisioneros de la derecha y el ejemplo de Saragat y Paciardi en Italia podría servirles de lección".

Sin que haya transcurrido demasiado tiempo, la realidad viene a confirmar nuestra previsión. Los problemas a que se enfrentan los dirigentes socialistas de la emigración, en relación con algunos de los del interior, convertidos a la monarquía, demuestran hasta qué punto es real la previsión de que por ese camino el Partido Socialista se encuentra prisionero de la derecha, y no de cualquier derecha, sino de la derecha monárquica.

No nos extraña que ese camino no desagrade a ciertos elementos "políticos" cenetistas, que han renunciado a todos sus principios y que en el naufragio no desdeñan agarrarse a cualquier madero... ¿Pero cómo podrían los socialistas marchar por un camino que conduce directamente a la destrucción de su Partido?

No desconocemos que sobre la actitud de los dirigentes socialistas españoles influyen muchos factores, y que uno de los más decisivos es la conducta del socialismo francés, del que son huéspedes y en cierto modo protegidos. Sabemos que pesa sobre ellos la presión de la política anticomunista y anti-soviética del campo imperialista.

Los dirigentes socialistas españoles no deberían olvidar adónde ha conducido a la SFIO la política anticomunista de Guy Mollet, que ha abierto una grave crisis en la democracia francesa y ha destruído, quizá irremediablemente, la unidad del Partido Socialista francés. Las mismas causas producen iguales efectos, y el PSOE empieza a sentirlo ya en su propia carne.

Por otro lado, la agravación de la política guerrera y agresiva del campo imperialista plantea ante los hombres más destacados de la social-democracia internacional un problema histórico insoslayable: seguir al imperialismo hasta el fin, en su loca carrera hacia la guerra atómica y hundirse con él, o romper la colaboración con el imperialismo y oponerse a su política de guerra, como lo hacen ya toda una serie de fuerzas que son anti-imperialistas, sin ser por ello comunistas.

Esta disyuntiva está planteada también a los socialistas españoles. Indalecio Prieto, en algunos de sus artículos, defiende calurosamente la causa de la paz, criticando agudamente al imperialismo, aunque a la hora de sacar conclusiones prácticas, en relación con la actividad política de nuestro país, no llegue a las conclusiones que la lógica y la consecuencia demandarían.

En este sentido, las resoluciones del VII Congreso no son ciertamente alentadoras. Representan, como hemos visto, un indudable paso atrás. Pero creemos no equivocarnos al pensar que en el interior del Partido Socialista no son pocos los que siguen con profunda inquietud la evolución actual de su partido. A ellos, a todos los que siguen poniendo en el título de socialista un contenido republicano clasista, les deseamos sinceramente acierto y energía para elevarse a la altura que las circunstancias del mundo y de España exigen de ellos. Lo que está claro es que, nunca como hoy, los intereses de España, e incluso los de su propio Partido, reclamaron de ellos tan imperiosamente la revisión de una política errónea y contraproducente.

En cuanto a los partidos republicanos, poco cabe decir. Agarrados a los faldones del Partido Socialista, siguiéndole ciegamente, a veces contra sus propios sentimientos, han llegado a aislarse peligrosamente de la realidad nacional y a estancarse como grupos de emigración.

El fracaso de esa política ha contribuído no poco al naufragio de las instituciones republicanas exiladas. De seguir por ese camino, pueden encontrarse comprometidos, de la noche a la mañana, en una extraña aventura monárquica, convirtiéndose en los expatriados y lejanos ayudantes de la restauración, en cuyo caso, ellos mismos habrían firmado su partida de defunción.

¿Es que van a resignarse a ese fin? ¿Es que la voz de don Diego Martínez Barrio va a seguir sonando sin eco, como el canto del cisne del republicanismo histórico?

Todo depende de ellos mismos. El "Ser o no Ser" de Hamlet está imperiosamente planteado ante las fuerzas republicanas españolas.

*

ESPAÑA EN LA SITUACION INTERNACIONAL

El desarrollo y ampliación de la lucha antifranquista y la agravación de la crisis de la dictadura en el período transcurrido desde el III Pleno del Comité Central han tenido lugar al mismo tiempo que la situación interna-

cional se agravaba hasta desembocar en la intervención armada de Estados Unidos e Inglaterra en el Medio Oriente, que ha puesto en grave peligro la paz del mundo. La firme actitud de la Unión Soviética y de todo el campo socialista, secundada por la movilización de los pueblos amantes de la paz, ha infringido una seria derrota a los imperialistas, que se han visto condenados en la ONU y obligados a retroceder en su intervención contra los pueblos árabes.

Pero apenas alejado, de momento, el peligro de guerra en el Oriente Medio, las acciones agresivas del imperialismo norteamericano en la zona de Formosa contra la República Popular China han creado una nueva amenaza a la paz.

España es uno de los países que se encontraron más directamente comprometidos por la grave situación creada en el Oriente Medio. Las bases construídas en España en virtud de los acuerdos con los Estados Unidos en la proximidad de nuestras principales ciudades, fueron utilizadas por el Estado Mayor norteamericano para la agresión contra los pueblos del Oriente Medio y pueden ser utilizadas de nuevo contra otros pueblos.

Aunque Franco ha intentado rodear la operación del mayor secreto, se sabe que la concentración de las fuerzas norteamericanas en el Mediterráneo oriental y su desembarco en el Líbano se ha realizado partiendo de las bases que aquéllas tienen en Alemania Occidental, España y otros países.

Ahora está claro el porqué de la visita a nuestro país, en vísperas de la invasión del Líbano, del general Curtis E. Lemay, segundo jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas, así cómo el sentido de sus enigmáticas declaraciones del 5 de julio en Madrid: "Torrejón es una base impresionante... *Me consta* que nuestras fuerzas aéreas, utilizando las facilidades con que aquí cuentan, *pueden llevar a cabo sus misiones de manera rápida y eficaz.*"

¡Las "misiones" consistían en transportar tropas y armamento para la agresión en el Medio Oriente!

El particular interés que los ministros y generales yanquis han mostrado por España en el último período, su prisa por terminar la base de Torrejón y otras, las proporciones enormes que a ésta han dado, no eran hechos fortuitos: estaban directamente ligados a los planes agresivos yanquis en el Medio Oriente.

Subraya aún más la importancia del papel que en la presente coyuntura juegan las bases aéreas norteamericanas en España el reciente comunicado del Estado Mayor del Ejército del Aire de los Estados Unidos, revelando que en ellas se encuentra destacada, con su Estado Mayor en Torrejón, la 16 Flota Aérea, encargada de misiones de bombardeo estratégico, es decir, de lanzar las bombas atómicas y de hidrógeno. Uno de los jefes de este grupo declaró que parte importante de sus aviones se encuentran permanentemente en el aire.

Por otro lado, España es, como se sabe, uno de los principales puntos de abastecimiento y fondeadero de la VI Flota Naval yanqui, cuyo papel en la agresión contra el Medio Oriente ha sido ampliamente divulgado por la prensa.

De esta manera, sin que los españoles hayan sido consultados para nada, sin que España haya sido objeto de la más mínima agresión o amenaza, nuestro territorio ha sido utilizado como base de agresión contra los pueblos árabes, ante los que tantas veces el general Franco, con odiosa hipocresía, trató de aparecer como su amigo fiel y aliado tradicional.

Si la guerra se hubiese generalizado en el Medio Oriente, los países que sirven de base a la máquina de guerra norteamericana, particularmente los de la cuenca mediterránea, hubieran sido afectados de manera muy directa y expuestos a las justas represalias de los países agredidos.

Si los imperialistas hubieran aplicado la criminal decisión de lanzar la bomba atómica o de hidrógeno sobre los pueblos árabes, como habían anunciado que estaban dispuestos a hacerlo el secretario de Defensa de los Estados Unidos y el jefe de la VI Flota, ¿qué duda cabe que los agredidos hubieran respondido a la agresión?

Y si del territorio español parten bombarderos con cargamento nuclear para ser descargado en el Medio Oriente, es lógico suponer que del Medio Oriente pueden partir bombarderos con carga análoga que podría caer en las proximidades de Madrid, Zaragoza o Sevilla.

Tal es, sin ninguna veladura, la gravísima amenaza que Franco creó para España en los días críticos de la agresión norteamericana contra el Medio Oriente.

Ante ella, el Buró Político, con su declaración del 18 de julio alertó inmediatamente al pueblo español, llamándole a la acción inmediata, a la protesta en todas las formas posibles contra la utilización de las bases yanquis en nuestro país para la agresión en el Medio Oriente. Se ha dirigido en esa declaración a todas las fuerzas de oposición de izquierda y derecha, a todos los grupos sociales y políticos, invitándoles a que pongan por encima de cualquier otra consideración los intereses de España y de la paz; llamando a todos los patriotas del Ejército a impedir que la peor de las catástrofes se abatiera sobre España.

Nos hemos detenido en la consideración de las gravísimas consecuencias que la crisis del Medio Oriente pudo tener para España porque, aunque de momento el peligro se haya alejado, esa es una experiencia que todos los españoles deben tener muy presente. Situaciones análogas pueden presentarse en el futuro si Franco sigue teniendo en las manos la política exterior de España.

Nos hemos detenido en la consideración de las gravísimas consecuencias que la crisis del Medio Oriente pudo tener para España porque, aunque de momento el peligro se haya alejado, esa es una experiencia que todos los españoles deben tener muy presente. Situaciones análogas pueden presentarse en el futuro si Franco sigue teniendo en las manos la política exterior de España.

En este IV Pleno del Comité Central debemos analizar cómo se ha llegado a esta situación, quiénes son los responsables, dónde está la salida.

*

La causa profunda y principal de la agravación de la situación internacional es la política del imperialismo americano.

A los tenaces esfuerzos realizados en el último período por la URSS y demás países socialistas, secundados por los países neutralistas y las masas populares del mundo entero, para disminuir la tensión internacional y alejar el peligro de guerra, los Estados Unidos han respondido acentuando su política agresiva, hasta llegar a la intervención armada en el Medio Oriente, y a las acciones agresivas contra la República Popular China en la Zona de Formosa.

El lanzamiento de los sputniks soviéticos puso de relieve la superioridad soviética en dominios clave de la ciencia y la técnica. Confirmó, además, a los ojos de los más escépticos, que la URSS es el primer país —y hasta ahora el único— que ha sido capaz de construir cohetes balísticos intercontinentales capaces de colocar bombas nucleares en *cualquier lugar del globo*.

Esta superioridad la URSS la puso inmediatamente al servicio de la causa de la paz, intensificando sus esfuerzos para lograr un acuerdo internacional que prohibiera las armas atómicas, que iniciara el desarme y garantizara la paz a los pueblos.

Pero el gobierno yanqui respondió con la reunión de la OTAN en diciembre de 1957, que rechazó las iniciativas soviéticas y decidió incrementar los depósitos de armas atómicas en Europa Occidental y construir en ésta rampas de lanzamiento para los cohetes de mediano o corto alcance, los únicos que posee el Ejército norteamericano hasta la fecha.

Pese a esta insensata actitud de las potencias imperialistas, la URSS dió nuevos y trascendentales pasos dirigidos a disminuir la tensión internacional. El Soviet Supremo decidió la suspensión *unilateral* de las pruebas nucleares por parte de la Unión Soviética y se dirigió a los Parlamentos de Estados Unidos e Inglaterra proponiéndoles que dichos países adoptaran la misma actitud.

Por otra parte, hay que recordar que la URSS había disminuído de manera sensible sus efectivos militares en varias ocasiones.

En junio de este año los países del Pacto de Varsovia decidieron una nueva reducción de sus fuerzas armadas, con lo que se eleva a un total de 2.477,000 hombres la disminución de los efectivos de estos Estados desde 1955 a hoy.

La República Popular China y Corea del Norte decidieron la evacuación de los voluntarios chinos, pese a la negativa de los Estados Unidos de retirar sus tropas de ocupación de la zona sur.

Al mismo tiempo, la URSS desplegó una intensa actividad diplomática y política para lograr la celebración de una conferencia de "alto nivel" en la que participaran los jefes de gobierno de la URSS y de otros países socialistas, de Estados Unidos, Inglaterra, Francia y otros Estados occidentales, y, asimismo, de países neutrales.

Estas iniciativas soviéticas encontraron profundo eco en la opinión pública mundial y colocaron a los imperialistas en una situación embarazosa. Estos, buscando pretextos de toda índole, se negaron a suspender las experiencias atómicas y, no atreviéndose a oponer una negativa abierta a la conferencia de "alto nivel" adoptaron la táctica del sabotaje subterráneo, de maniobras dilatorias, para impedir su reunión.

A cada nuevo esfuerzo pacífico de la URSS el gobierno de Washington ha contestado con nuevas medidas tendentes a agravar la tensión internacional a llevar al mundo, según la táctica abiertamente preconizada por Dulles en su artículo de "Life" de enero de 1956, "al borde de la guerra".

La flota aérea de los Estados Unidos recibió la orden de tener en vuelo permanentemente una gran parte de sus aviones cargados de bombas atómicas. Cualquier incidente, el error de un piloto, puede provocar una catástrofe incalculable e incluso desencadenar la conflagración general. Al mismo tiempo los aviones yanquis realizan vuelos "en dirección" al territorio soviético, e incluso intentan penetrar en él, como demostró el aterrizaje forzoso de uno de esos aviones en el territorio soviético, a muchos kilómetros de la frontera entre la URSS y Turquía.

Los Estados Unidos aceleran el rearme de los militaristas de Alemania Occidental y, violando todos los compromisos contraídos a este respecto, les dotan de armas atómicas, intensifican la realización de los planes de "mercado común", del "Euratom", etc., uno de cuyos indudables objetivos es crear la base económica de la militarización intensiva de Europa Occidental.

En el último año, uno de los aspectos en que la política yanqui ha tomado un giro más agresivo es en relación con los países emancipados del yugo colonial o que luchan por liberarse de él. Detrás de la sublevación militar reaccionaria en Indonesia estaba la mano de Washington, que trataba así de destruir la independencia nacional conquistada por dicho país después de la segunda guerra mundial.

Desde su nacimiento mismo la llamada "doctrina Eisenhower" llevaba en sí los gérmenes de una guerra imperialista contra los pueblos árabes deseosos de conquistar o afirmar su independencia. El senador Kerr Scott la definió como una "declaración de guerra no fechada". La crisis del Medio Oriente le puso fecha.

En nombre de esta "doctrina" los imperialistas yanquis urdieron el complot contra Jordania, privando a este país del gobierno salido de las elecciones democráticas e imponiendo en su lugar una camarilla de agentes del imperialismo, sostenida fundamentalmente por las bayonetas extranjeras.

Más tarde, los imperialistas yanquis organizaron desde Turquía una agresión militar contra Siria, que no pudieron consumir ante la firme actitud de la URSS.

También en el Irán, pese a hallarse gobernado por hombres partidarios del imperialismo, fué descubierto no hace mucho un complot fomentado por los Estados Unidos con el propósito de colocar en el gobierno a elementos dispuestos a servir aún más incondicionalmente a los Estados Unidos.

Esta política contra los pueblos árabes ha culminado en la intervención armada norteamericana en el Líbano, seguida de la inglesa en Jordania, que constituyen una típica agresión imperialista descarada, no sólo contra los pueblos árabes sino en general contra todo el movimiento de liberación nacional, que, habiendo triunfado ya en la mayor parte de Asia, avanza impetuosamente en Africa y en América Latina.

Las razones esgrimidas por Eisenhower para justificar el desembarco en el Líbano —protección de los ciudadanos americanos y ayuda al gobierno

de Chamun para defender la independencia del país, eran, en realidad, un burdo pretexto.

Ningún peligro amenazaba a esos ciudadanos; en todo caso el peligro lo crea la propia invasión americana que provoca la justa indignación y la decidida respuesta de los patriotas libaneses.

En cuanto a la independencia del Líbano, tampoco era amenazada por nadie. Los informes de los observadores de la ONU y del Secretario General de ésta, confirmaron que la lucha entre el pueblo libanés y el gobierno de Chamun era un conflicto interno.

También es un asunto exclusivamente interior del Irak la revolución que ha derribado en este país a una monarquía semifeudal y corrompida, odiada por el pueblo, entregada en cuerpo y alma a las potencias imperialistas.

¿Por qué, pese a esas evidencias, los dirigentes norteamericanos se decidieron por la intervención armada, violando la Carta de las Naciones Unidas y mostrando claramente ante el mundo entero su faz agresiva e imperialista?

La clave general está en esa línea de la política exterior norteamericana, cuyo desarrollo en el último período acabamos de exponer a grandes rasgos.

El motivo inmediato fué la revolución del Irak que, al desalojar del poder a los agentes del imperialismo, ha asestado un golpe de gran alcance histórico a las posiciones coloniales en el Medio Oriente de Estados Unidos e Inglaterra con previsibles repercusiones en otros puntos vitales para esas potencias.

Irak, no sólo es uno de los principales países productores de petróleo, donde campaba por sus respetos la "Irak Petroleum Company" y, a través de ella, el Cartel Internacional del Petróleo; era, además, uno de los pilares fundamentales del pacto de Bagdad, instrumento diplomático militar creado por el imperialismo inglés, y repaldado por el americano, enfilado contra los Estados Arabes independientes y contra las fronteras soviéticas.

El Ejército del Irak ha sido instruído y equipado con armas modernas por los imperialistas. Pero los oficiales —demostrando un patriotismo digno de ser tomado como ejemplo por los otros "reinos" gobernados también por agentes del imperialismo— volvieron las armas contra los opresores de su país y contra la monarquía que servía de instrumento a aquéllos.

El derrumbamiento de este bastión del colonialismo, y el ejemplo contagioso que representa para otros pueblos árabes que luchan por su liberación, hizo perder la cabeza a los dirigentes del imperialismo norteamericano, decidiéndoles a lanzarse en esa aventura, que el gran diario liberal inglés "Manchester Guardian", ha calificado, con mucha razón, de "insensata".

La situación que la victoriosa revolución del Irak ha creado a los imperialistas, podría resumirse con esta frase de "Le Monde": "Los últimos intereses que posee hoy el Occidente están amenazados."

¿Qué "intereses" son éstos?

Basta para responder a esta pregunta saber que el 98% del petróleo que se extrae en el Medio Oriente, principal riqueza en explotación de esa región, está monopolizado por el más poderoso cartel internacional del capitalismo, el cartel que agrupa a las principales compañías petrolíferas anglo-americanas.

Lo que está en juego no es el suministro de petróleo a Europa, como trata de hacer creer la propaganda imperialista. Los Estados árabes, como

han declarado repetidamente, están interesados en asegurar dicho suministro de una u otra forma. Lo que está en juego son los beneficios colosales de esas compañías petrolíferas.

La defensa de estos beneficios; la preparación del ataque contra la República Árabe Unida y el Irak; la conservación de las bases militares estratégicas con vistas a una guerra contra el campo del socialismo. Tales son los objetivos visibles, inmediatos, que impulsaban a los imperialistas al intervenir en el Líbano y en Jordania.

Y a esos objetivos visibles hay que agregar otro, no tan visible pero no menos determinante: tratar de encontrar una salida, por lo menos un alivio, a la crisis económica surgida en los Estados Unidos y que amenaza extenderse al resto del mundo capitalista.

Los monopolistas norteamericanos no ocultan su deseo de "una guerra" que les saque del atolladero. Entre muchas citas análogas que pueden encontrarse en las publicaciones norteamericanas, particularmente las económicas, mencionamos esta del "Milwaukee Journal" en su número del 11 de mayo pasado:

"En nuestra economía extraña y anómala hay un rasgo que nos preocupa más que la recesión... La terrible verdad consiste en que nuestra economía no es en absoluto una economía pacífica, normal. Es una economía de guerra de arriba abajo. *Lo único que falta son las hostilidades.* Y empieza a depender, en grado aterrador, del torrente colosal de los gastos de guerra."

La agresión en el Medio Oriente eran las "hostilidades" que necesitaban los monopolios norteamericanos. Algo semejante ocurre ahora con las provocaciones contra China en el Estrecho de Formosa.

Para el logro de esos objetivos, el imperialismo americano no ha vacilado en llevar su política agresiva hasta el punto crítico en que crea graves peligros para la paz mundial.

Detrás de esta agresividad criminal, de estos actos insensatos, se encuentra una realidad de la que empiezan a tener conciencia no sólo los pueblos, sino los hombres más clarividentes del campo imperialista: la bancarrota total de la política exterior de los Estados Unidos.

*

Al asumir la dirección del mundo capitalista en la situación creada cuando terminó la segunda guerra mundial, el objetivo número uno que se fijó la política exterior norteamericana fué impedir la construcción del socialismo en los nuevos países de Europa y Asia donde la clase obrera había tomado el poder: la etapa siguiente sería liquidar el socialismo en la Unión Soviética y restablecer así el imperio mundial del capitalismo bajo la hegemonía americana.

Pero hoy está a la vista que el régimen socialista se ha consolidado en los nuevos países emancipados del capitalismo. Los intentos contrarrevolucionarios han sido aplastados; progresa la construcción del socialismo, venciendo todas las dificultades que surgen en su camino.

En cuanto a la Unión Soviética, en nuestro III Pleno, con motivo del 40 Aniversario de la Revolución de Octubre, pasamos revista a las históricas realizaciones del primer país socialista. En el año transcurrido desde entonces, la cultura y la economía socialistas han continuado su marcha triunfal.

Allan Dulles, enemigo jurado del socialismo, jefe del Servicio de Información de los Estados Unidos, organizador de la actividad contrarrevolucionaria en los países socialistas, declaraba el 29 de abril de este año que el progreso industrial soviético amenazaba con sobrepasar al norteamericano y que éste era el desafío más importante hecho a los Estados Unidos en tiempos de paz. "En el primer trimestre de 1958 —dijo—, la industria rusa ha aumentado en un 11% respecto al año anterior, mientras que la producción industrial americana ha disminuído en un 11% en el mismo período."

Agregó que, por primera vez, el conjunto de los países socialistas había producido durante el año transcurrido más acero que los Estados Unidos.

En cuanto a la producción agrícola, el Pleno del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado el pasado mes de junio, proporcionó datos elocuentes: mientras de 1950 a 1953 el ritmo de aumento anual de la producción agrícola era de 1,6% en la URSS, y de 1,7% en los Estados Unidos, en los últimos cuatro años ha sido del 7,1% y de 1,1% respectivamente.

Las grandes conquistas científicas soviéticas, el lanzamiento de los sputniks, han hecho polvo los infundios de la propaganda reaccionaria sobre el pretendido atraso del país soviético. Hoy se le reconoce universalmente la primacía en campos fundamentales de la ciencia y de la técnica.

La unidad del campo socialista, en el que vive la tercera parte de la Humanidad; el prestigio de la Unión Soviética y del Partido Comunista de la Unión Soviética, como centro y guía de ese campo, se han fortalecido considerablemente en este último período, como lo demostró la reunión del pasado noviembre en Moscú de los doce partidos comunistas y obreros que dirigen el Estado en los países socialistas. Las maniobras divisionistas del revisionismo yugoslavo en las que el imperialismo ponía tantas esperanzas, se han estrellado contra la unidad ideológica y política marxista-leninista del campo socialista.

Por lo tanto, el objetivo número uno del imperialismo norteamericano se ha saldado con el más completo fiasco.

Otro de sus grandes objetivos era impedir el derrumbamiento del sistema colonial del imperialismo, sin el cual éste no puede subsistir.

Para ello, los estrategas norteamericanos elaboraron un línea que, presentándola como anticolonialista para mejor engañar a los pueblos, pretendía, en la práctica, heredar el imperio colonial de Inglaterra, Francia, Holanda y otras viejas potencias coloniales.

Los dirigentes norteamericanos pensaban que, bajo otras formas, no tan abiertas pero no menos rapaces que las del colonialismo clásico de tipo anglo-francés, lograrían mantener sobre los pueblos de Asia, Africa y América Latina el yugo del capital monopolista internacional, bajo la hegemonía del capital americano.

Pero han pasado poco más de diez años desde que esa política fué iniciada y su fracaso está confirmado por una realidad mundial impresionante.

Setecientos cincuenta millones de personas se han liberado del yugo colonial y han creado Estados independientes, mientras que en los países imperialistas sólo hay 500 millones de habitantes y en las últimas colonias —donde, por otra parte, existe un fuerte movimiento de liberación— sólo quedan 160 millones.

Los intentos de imponer las “nuevas formas” del colonialismo a los pueblos liberados han fracasado uno tras de otro, porque esos pueblos ya no están solos; cuentan ya con ayuda económica, técnica y, si es preciso, militar de los países socialistas.

Ante el repetido fracaso de la estrategia “anticolonialista”, el imperialismo americano se ha visto obligado a quitarse la máscara cada vez más abiertamente, como ha sucedido en el Medio Oriente.

Pero al pasar a la agresión abierta contra los pueblos liberados del yugo colonial, lo único que consiguen los Estados Unidos, como ha sucedido en este caso, es levantar contra él, dispuestas a una lucha a muerte, a masas de millones, y hacer más estrecha aún la alianza de los pueblos coloniales con los países socialistas y el proletariado internacional.

Esta alianza obligó a retroceder al imperialismo en Suez, aplastó sus intentos contrarrevolucionarios en Indonesia, frustró el ataque preparado contra Siria, sostiene la heroica lucha del pueblo argelino y le ha hecho retroceder en el Medio Oriente.

La política exterior norteamericana ha logrado, por tanto, resultados diametralmente opuestos a los que se proponía en su segundo gran objetivo.

En tercer lugar, los Estados Unidos se habían propuesto unir, bajo su hegemonía y dirección, el mundo capitalista, tanto para concentrar las fuerzas de éste en la consecución de los objetivos que acabamos de mencionar —destruir el socialismo, mantener el colonialismo— como para someter también a los restantes países capitalistas a la explotación del capital norteamericano. Todo el sistema de alianzas político-militares, cuyo eje es la alianza atlántica, así como las diversas fórmulas de “ayuda económica”, tendían a ese fin.

Pero después de casi tres lustros de luchar por ese “ideal”, es perfectamente evidente, y los corresponsales de la prensa española en las capitales extranjeras dan cuenta diaria de ello, que las contradicciones entre las principales potencias imperialistas, entre éstas y los países capitalistas más débiles, entre el imperialismo americano y el resto del mundo capitalista, no sólo no se han superado y ni siquiera aminorado, sino que no han cesado de agravarse y profundizarse.

Por eso, en un momento grave para el imperialismo, como el actual, la discordia en el campo imperialista se manifiesta a la luz del día: los ingleses intervienen en Jordania, no sólo para “proteger” al rey Husein, sino para defender sus intereses contra los apetitos de su más próximo aliado, pese que MacMillan había prometido a Eisenhower no intervenir; el almirante norteamericano impide a su aliado el almirante francés desembarcar en el Líbano.

En las respuestas a Jruschov aparecieron evidentes divergencias entre los tres principales caballeros del campo imperialista. Existen igualmente divergencias entre éstos y los Estados capitalistas que no tienen colonias y que están interesados en desarrollar el comercio con los nuevos Estados independientes del Cercano Oriente. Los acontecimientos de Formosa han puesto

de manifiesto, de nuevo, las contradicciones entre Estados Unidos y sus principales aliados. La aspiración del imperialismo americano a soldar la unidad del mundo capitalista bajo su dirección, se revela, por tanto, cada vez menos hacedera.

En cuarto lugar, el imperialismo americano, sus ideólogos, aspiran a “renovar” el capitalismo, a curarle de sus lacras tradicionales, suprimir las crisis económicas, asegurar el “pleno empleo”, convertir a los obreros en “accionistas”, crear, en fin, un “capitalismo popular” que mostrase su superioridad sobre el socialismo.

En realidad, nunca ha sido más intensa, más refinada y multifacética la explotación de la clase obrera como en esta postguerra de hegemonía americana.

El nivel de vida de algunas capas privilegiadas de la llamada “aristocracia obrera”, cada vez más reducida, no puede ocultar el hecho trascendental de que la inmensa mayoría de la clase obrera de todos los países capitalistas ha sufrido en la práctica la pérdida de una de sus mayores conquistas: la jornada de ocho horas, viéndose obligada a trabajar jornadas extenuadoras para cubrir sus necesidades mínimas. La prolongación de la jornada de trabajo, unida a la introducción de métodos cada vez más perfeccionados de racionalización y automatización, a la política de salarios bajos, y a la constante depreciación de éstos por la inflación, etc., intensifica constantemente el grado de explotación de la clase obrera.

En cuanto al “pleno empleo” y la liquidación de las crisis, la respuesta más elocuente, es la actual crisis cíclica que está haciendo estragos en Estados Unidos y se propaga a otros países capitalistas.

Más de 5 millones de parados existen ya en los Estados Unidos; 880,000 en Canadá; un millón en Alemania Occidental, habiéndose dejado de hablar ya del “milagro alemán”, tan ensalzado en las columnas de la prensa católica española.

Ni la carrera de armamentos, ni el recurso a la inflación o a la deflación, ni las construcciones teóricas de la economía política burguesa, han podido evitar las crisis cíclicas previstas por los marxistas.

El contraste impresionante entre este panorama del mundo capitalista —que en España alcanza tintes sombríos— y el auge ininterrumpido del mundo socialista; este contraste y no esa “mano del comunismo” que Franco ve en todas partes, es el argumento decisivo que lleva a millones de hombres y mujeres a comprender que el socialismo es la única salida.

No son los “errores” del imperialismo, como creen los franquistas, la causa esencial de la bancarrota de aquél; esos errores existen y, a veces, son colosales, contribuyen a acelerar su hundimiento, como la aventura en el Oriente Medio o sus actuales provocaciones en el Estrecho de Formosa; pero tales “errores” son consubstanciales con el imperialismo. Lo que conduce irremisiblemente a la liquidación del imperialismo son, en primer lugar, las leyes objetivas del desarrollo social descubiertas por el marxismo, que en esta época en que los teóricos burgueses, los sabios socialdemócratas y los revisionistas de todo pelaje las dan por caducas, es cuando actúan con fuerza más irresistible.

Es la contradicción, insoluble en los marcos del capitalismo, entre las gigantescas fuerzas productivas de nuestra época, la época de la energía nuclear, de la automatización, de la conquista de los espacios cósmicos, y la camisa de fuerza que las aprisiona, representada por las relaciones de producción capitalistas y por toda la superestructura que sobre éstas se levanta; es la ley del desarrollo desigual del capitalismo, en virtud de la cual, se renuevan y agudizan constantemente las contradicciones entre unos y otros Estados capitalistas; es la contradicción entre la monstruosa superestructura monopolista —en la que los consorcios petrolíferos juegan, precisamente, un papel esencial— y el resto del mundo capitalista; es la ley del máximo beneficio como motor ciego de los grandes monopolios que empuja a éstos y a los Estados imperialistas a la lucha encarnizada entre ellos, y que lleva a la tensión extrema la contradicción entre el capital y el trabajo.

La “estrategia global” norteamericana, como pomposamente llaman sus creadores a esa política, cuyos rasgos esenciales hemos evocado, representaba, en el fondo, un desafío a las leyes objetivas del desarrollo social, el hecho histórico de que ya han madurado más que suficientemente, y en escala mundial, las condiciones objetivas que hacen inevitable el paso de la sociedad humana del capitalismo al socialismo.

Por eso, la política exterior americana adolecía del defecto más grave de que puede adolecer una política: el utopismo. Por eso se ha estrellado contra la realidad.

Con su “estrategia global”, cuyo primer anuncio fue la bomba atómica arrojada sobre Hiroshima, pero dirigida contra la Unión Soviética y las fuerzas progresivas del mundo, los Estados Unidos creían, además, que podrían desarrollar la batalla por la conquista del globo en condiciones de “seguridad absoluta”, protegidas por los océanos y su primacía atómica.

Pero la primacía atómica se vino abajo y los océanos no son un obstáculo, sino un camino despejado para los proyectiles balísticos intercontinentales. La “seguridad absoluta” se convirtió así en “inseguridad absoluta”.

En toda su historia no habían conocido los Estados Unidos tal grado de aislamiento y de inseguridad como en el momento actual.

Claro está que las leyes objetivas del desarrollo social no se abren paso por sí solas. Lo hacen mediante la lucha, organizada y científicamente dirigida hoy por los partidos comunistas de la clase obrera, aliada a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, a los pueblos que defienden su independencia nacional frente al imperialismo; aliada, en definitiva, a todos los oprimidos y perjudicados por el imperialismo, incluida la burguesía nacional de los países que fueron coloniales, y la burguesía no monopolista de los países capitalistas, como sucede en España.

Las fuerzas de la cultura y de la ciencia, que ya se ahogan literalmente en las manos del capitalismo son también un importante aliado de la clase obrera.

La reunión de los partidos comunistas de todo el mundo, celebrada el pasado noviembre en Moscú, puso de relieve la unidad y el crecimiento impresionante del movimiento comunista mundial, cuyos afiliados han aumentado después de la segunda guerra mundial en ocho veces, contando en la actualidad 33 millones, organizados en los partidos comunistas de 75 países.

Esta es la vanguardia que, armada con la victoriosa teoría marxista-leninista, dirige la lucha de toda la humanidad progresiva por la paz, la democracia y el socialismo.

El campo del socialismo, dirigido por la Unión Soviética, se levanta como inabitable fortaleza en la lucha por la paz, frente a la agresividad del imperialismo; como un freno a la agresión, como apoyo inapreciable para los pueblos que luchan por su independencia nacional y social.

El rasgo fundamental de la política exterior del franquismo, en el período transcurrido desde el III Pleno, ha continuado siendo el sometimiento a los dictados de Estados Unidos; la transformación de nuestro país en una plaza estratégica al servicio del Pentágono.

Los acuerdos de 1953 aparecen cada día con más claridad como la fuente principal de los graves riesgos que corre nuestra Patria.

Y no es que la coyuntura internacional no haya ofrecido posibilidades para que España pudiese cambiar el rumbo de su política exterior.

A finales del año pasado, y después de la reunión de la OTAN, la Unión Soviética, saliendo al paso de los planes yanquis de instalar rampas de cohetes y depósitos atómicos en Europa occidental, incluida España, se dirigió también al gobierno español advirtiendo los peligros que llevaba implícitos para España la existencia de bases atómicas yanquis en su territorio.

El gobierno del general Franco, sin atreverse a contestar pública y oficialmente a la sólida argumentación de la nota soviética, no sólo no ha tenido en cuenta su contendio, sino que ha seguido una política diametralmente opuesta a lo que exigen los intereses de España.

Otra prueba documental de que no es fatal que España se vea envuelta en una guerra atómica y que todo paso inteligente por su parte encontraría amplia comprensión por parte del gobierno soviético, es la posición fijada por Jruschov en respuesta a una petición de los sindicatos japoneses:

“Si no hay bases militares extranjeras en el territorio japonés —escribe Jruschov— el gobierno de la URSS está dispuesto a tomar el compromiso de no emplear contra el Japón las armas atómicas y de hidrógeno. Si determinadas potencias desencadenasen una agresión y provocasen una guerra nuclear, pero sin utilizar el territorio del Japón por el agresor de la URSS, también en tal caso el gobierno soviético está dispuesto a tomar el compromiso de considerar al Japón excluído de la esfera de la aplicación de las armas nucleares.”

Es lógico suponer que esta actitud del gobierno soviético no se limita al Japón. Lo mismo que la nota antes mencionada demuestra cuán falsa es la tesis franquista de que en caso de conflagración general, España, inevitablemente, se vería envuelta en ella, demuestra que la política de neutralidad que preconiza nuestro Partido tiene una base real.

Lo que hará inevitable que España se vea envuelta en un conflicto provocado por el imperialismo americano, es la continuación de la actual política exterior de España, basada en los pactos con EE.UU.

Entre las propuestas formuladas reiteradamente por la Unión Soviética para aliviar la tensión internacional, algunas revisten un especial interés para nuestro país.

Todo paso, por ejemplo, para prohibir las armas atómicas, sería para España de una importancia decisiva; alejaría el peligro que hoy se cierne sobre ella.

Lo mismo, el proyecto de creación de una zona desatomizada en Europa, que ha encontrado una favorabilísima acogida en amplios círculos europeos, incluso en gentes que hasta ahora eran refractarias a las iniciativas soviéticas.

El movimiento por la Paz italiano sugirió la posibilidad de que Italia quedase incluída en dicha zona, recibiendo una respuesta favorable del Ministro Soviético de Relaciones Exteriores.

Tendencias similares se perfilan en los países escandinavos. ¿Por qué España en lugar de servir de base atómica norteamericana, no podría convertirse en el extremo suroccidental de esa zona desatomizada?

La firma de un pacto de amistad y colaboración europea, como el que ha propuesto el Gobierno Soviético el 15 del pasado mes de julio, que incluiría la creación de esa zona desatomizada, la reducción de los efectivos militares y del armamento, el compromiso de resolver todos los conflictos mediante negociaciones, el desarrollo del comercio, la utilización pacífica de la energía atómica, la colaboración científica, técnica y cultural, etc., es una nueva oportunidad que se brinda a nuestro país.

Pero el Gobierno de Franco, dando de lado los intereses nacionales, lejos de aprovechar las oportunidades que se le ofrecen de iniciar un aflojamiento de los lazos que nos atan a los EE.UU., hace todo lo contrario, es el más dócil de los agentes de la política americana en Europa.

En su discurso del 17 de Mayo ante las Cortes, Franco reconoció que la política exterior española podría moverse en la actualidad "en direcciones distintas" a las seguidas hasta aquí, pero —agregó—, que está decidido a mantenerla "inalterable".

La utilización de las bases aéreas y navales instaladas en nuestro territorio para la agresión en el Medio Oriente, la construcción, según el rumor público, de rampas de lanzamiento de cohetes balísticos en Elizondo (Navarra) y en la zona del faro de San Pablo (Cartagena), demuestran que efectivamente, Franco está dispuesto a llegar hasta el fin en esa política catástrofica para España.

Si por algo ha despuntado la posición franquista en el campo de la coalición norteamericana, ha sido por su tono más agresivo, más cerrado, más intransigente.

Cuando se iniciaron las discusiones diplomáticas en torno a una conferencia de "alto nivel", la prensa española, cumpliendo las instrucciones del Gobierno, desencadenó una campaña furiosa: nada de conferencia, nada de negociación. Tal era el tono general.

Esto no quiere decir que entre las diferentes camarillas que se disputan el Poder en España haya unanimidad sobre la política exterior.

Al contrario, entre ellas existen divergencias que testimonian, también en este terreno de la política exterior, la crisis de la dictadura.

Estas divergencias, tienen como base principal las contradicciones entre grupos importantes de la propia oligarquía monopolista y la política de sometimiento al imperialismo americano que sólo beneficia a círculos muy restringidos.

La opinión de estos grupos es que la “ayuda económica” no ha resuelto ninguno de los problemas fundamentales que tiene planteados la economía española; y que la “ayuda militar” no ha fortalecido el potencial militar de España en la medida que lo exigirían los graves riesgos que comportan para su seguridad los pactos con EE.UU., especialmente, desde que han hecho su aparición los cohetes balísticos intercontinentales.

En consecuencia, hay que ampliar la “ayuda económica”, hasta las dimensiones del Plan Marshall, y hay que reforzar la “ayuda militar”.

Estas son las “reivindicaciones” de un sector, sin duda importante, de la gran burguesía, y que muestran la importancia de sus contradicciones con la política del imperialismo americano en España, puesto que éste ni piensa ni está en condiciones de satisfacer ninguna de ellas.

Un reflejo de esas contradicciones entre el imperialismo americano y parte importante de la oligarquía monopolista, es la “nueva orientación”, la orientación “hacia Europa”, que precognizan numerosos personajes de la situación, incluidos ministros como Ullastres, Villalbi y el mismo Castiella.

Los intentos de aproximación con Francia, lo mismo que con Alemania Occidental, son expresión de esa “nueva orientación”, detrás de la cual hay una necesidad económica de atraer capitales extranjeros en condiciones menos expoliadoras que las que imponen los capitalistas americanos, y de ampliar un comercio exterior que con EE.UU. no tiene ninguna perspectiva.

Las alusiones de Ullastres, en uno de sus últimos discursos, a la influencia beneficiosa que para la exportaciones de nuestros agrrios han tenido los nuevos mercados del Este, desentonan bastante de las afirmaciones que antes hemos mencionado, hechas por Franco en su discurso del 17 de Mayo.

Es decir, aunque la orientación fundamental de la política exterior franquista sigue siendo la “línea americana”, mantenida sobre todo por Franco y el reducido grupo de la oligarquía que se beneficia de ella, las divergencias entre este grupo y las otras camarillas y grupos de la oligarquía, son cada vez más importantes en este terreno.

Uno de los aspectos de la política exterior franquista en que se ha manifestado con más violencia su carácter agresivo y aventurero, es la política hacia Marruecos y, en general, hacia los pueblos que luchan por su independencia nacional.

Durante varios años, Franco se aprovechó de las dificultades del imperialismo francés en Africa del Norte para intentar convertirse en pieza fundamental de las maniobras yanquis, tendentes a establecer la dominación de EE. UU. en dicha región. Esperando recibir su parte, Franco jugó al “amigo de Marruecos”, al “amigo de los pueblos árabes”.

Pero la victoria de la independencia de Marruecos asestó un golpe decisivo a esas maniobras. Y en el curso del último año, hemos visto que Franco ha alineado su política marroquí con la del colonialismo más débil y, al mismo tiempo, uno de los más aventureros de nuestros días: el colonialismo francés.

Del brazo de los militaristas franceses, Franco ha hecho la guerra en Ifni y Río de Oro contra los pueblos de esas zonas, deseosos de integrarse en la madre patria, Marruecos.

Franco se niega a reconocer los legítimos derechos de Marruecos a esas regiones y mantiene en el territorio, cuya independencia ya ha reconocido, grandes fuerzas militares, resistiéndose a la justa exigencia del gobierno marroquí de que esas tropas, como las francesas, sean evacuadas sin dilación.

Franco apoya con toda sus fuerzas la guerra del colonialismo francés contra el heroico pueblo argelino y la prensa, siguiendo las instrucciones del Gobierno, lleva una histórica campaña contra los patriotas argelinos.

Embarcados en esta campaña, los franquistas no vacilan en cubrirse de ridículo, explicando la lucha liberadora de la población de Ifni por las "tenebrosas maquinaciones" de la Unión Soviética.

Tales despropósitos se escriben para preconizar una línea imperialista aún más intransigente, más agresiva, más implacable contra el movimiento de liberación nacional de los pueblos árabes, que los franquistas contemplan con verdadero pánico.

Las últimas declaraciones de Franco, en las que pretendía presentarse de nuevo como amigo de los pueblos árabes, no cambian el fondo de la cuestión.

Son una nueva expresión, al mismo tiempo que de su hipocresía, de la debilidad de su política y de la difícil situación de la dictadura.

Con esa política, Franco no sólo viola los compromisos contraídos al reconocer la independencia de Marruecos, sino que crea condiciones cada vez más difíciles para restablecer relaciones amistosas, beneficiosas para ambas partes, con Marruecos y con los pueblos del Norte de Africa. Su política conduce a la guerra con esos pueblos, a nuevas catástrofes para España.

Esta política colonialista franquista choca también con el poderoso movimiento de liberación nacional que se desarrolla en los pueblos hermanos de América Latina, que han derribado a las dictaduras servidoras del imperialismo en Argentina, Colombia y Venezuela; que, con motivo del viaje del Vicepresidente Nixon, han demostrado elocuentemente los sentimientos que les anima hacia el gran patrón de Franco.

Ultimamente, el golpe fascista de Argel y la subida de De Gaulle al poder en Francia, ha "reconfortado" a los dirigentes franquistas, que creen ver en esos acontecimientos la posibilidad de una conducción más decidida de la guerra contra el pueblo argelino y de la política hacia Marruecos, y, al mismo tiempo, una "magnífica prueba" de la crisis de la democracia, de los partidos políticos y del parlamentarismo; una legitimación a posteriori de la dictadura que impusieron hace veinte años al pueblo español.

En lo que se refiere al primer aspecto, están en lo cierto, y ello hace aún más peligrosa la orientación de la dictadura franquista, en los últimos tiempos, a entenderse con Francia para la acción común en el Norte de Africa.

En lo que se refiere al segundo aspecto, se engañan a sí mismos: confunden la "crisis de la democracia", que sólo existe en su imaginación, con la crisis del imperialismo francés, que esa sí existe en la realidad.

En 11 años de política colonialista y de subordinación a la política americana, el imperialismo francés ha perdido Indochina, Túnez, Marruecos;

está en trance de perder Argelia, y los pueblos del Africa Negra "francesa" se ponen también en pie.

La negativa de la burguesía francesa a reconocer las realidades del mundo actual, una de cuyas exigencias es la desaparición del colonialismo; su sumisión a los dictados de la política de guerra norteamericana; su política reaccionaria y anticomunista en los problemas interiores: esto es lo que ha hecho bancarota en Francia.

El pueblo francés exigía un profundo cambio político pero el anti-comunismo hidrófobo de los dirigentes del Partido Socialista francés y de los dirigentes de otras fuerzas políticas republicanas, ha impedido que se forjara la amplia unidad popular que hubiera cerrado el camino del poder a los generales y a los colonialistas.

Pero la batalla de Francia no ha hecho más que comenzar. Los franquistas no deben hacerse excesivas ilusiones y, a juzgar por ciertos comentarios parece que algunos empiezan a comprenderlo así.

Las fuerzas de la clase obrera y del pueblo francés están intactas. A su cabeza lucha el poderoso y heroico Partido Comunista francés, templado en larga y compleja lucha, que en esta situación está dando nuevas pruebas de su capacidad política, de su firmeza.

Las fuerzas democráticas francesas se ponen en pie, se organizan, se unen en todo el país para dar la batalla a De Gaulle, para hacer frente a la amenaza fascista. Cualquiera que sean los avatares de esa lucha, su final victorioso para el pueblo francés no ofrece dudas.

Queriendo salvar al imperialismo francés, es muy posible que los colonialistas y generales facciosos de Argel hayan acelerado el proceso de su hundimiento y acercado la hora del socialismo en Francia.

*

Hemos señalado los graves peligros que la política agresiva del imperialismo crea para la paz mundial; hemos analizado, a grandes rasgos, la política exterior del imperialismo americano y la política exterior de la dictadura franquista; la primera en el plano mundial y la segunda en el plano español, son las responsables de la situación creada. Queda ahora el problema crucial: ¿Cómo salir de esta situación? ¿Es posible evitar la guerra?

Los comunistas respondemos a esta interrogante: Sí, es posible.

Previendo los peligros que ya se condensaban en el horizonte del mundo, los partidos comunistas de 64 países, reunidos en Moscú, lanzaron a todos los pueblos, en noviembre de 1957, un histórico manifiesto en el que se dice:

"Las fuerzas de la paz son enormes. Pueden conjurar la guerra y mantener la paz.

"Pero los comunistas consideramos nuestro deber advertir a todos los hombres del mundo que el peligro de una guerra atómica monstruosa y mortífera no ha pasado."

Respondiendo a este llamamiento, la lucha mundial por la paz se ha reforzado en el último período y los tenaces esfuerzos de la Unión Soviética para disminuir la tensión internacional han encontrado el apoyo entusiasta de todos los pueblos del mundo.

La opinión pública de todos los países se ha manifestado ampliamente, condenando la continuación de los ensayos atómicos; se ha reforzado la protesta de los pueblos europeos por el armamento nuclear de Alemania Occidental y contra la construcción de rampas de lanzamiento de cohetes balísticos en diferentes países; contra los vuelos de los bombarderos americanos con armas termonucleares.

Nueve mil doscientos treinta y cinco hombres de ciencia de cuarenta y cuatro países, entre ellos 39 premios Nobel, dirigieron a las Naciones Unidas la petición de que cesen las experiencias termonucleares con fines bélicos.

Seiscientos dieciocho relevantes personalidades de la ciencia británica, participantes en la campaña de aquel país por el desarme nuclear, enviaron el 29 del pasado mes de abril al jefe del Gobierno británico un mensaje, protestando contra la continuación de dichas pruebas.

En los más importantes países capitalistas, incluídos Inglaterra y los EE. UU., han tenido lugar las grandes demostraciones de masas, marchas y concentraciones, contra las pruebas atómicas.

Debemos destacar, por su significación, que en el documento firmado por los hombres de ciencia de todos los países, antes citados, figuran las firmas de dos conocidos científicos españoles: Don José María del Corral, director del Instituto de Fisiología y Bioquímica de la Universidad Central, y don Carlos Gil y Gil, catedrático de radiología y de terapéutica física, y jefe de radiología del Instituto Nacional del Cáncer.

Esto demuestra las posibilidades que existen en España de luchar contra la política de guerra de los imperialistas y del franquismo. Partiendo de estas posibilidades reales nuestro Partido ha hecho esfuerzos en este período por impulsar la lucha de nuestro pueblo por la paz, de acuerdo con la situación concreta existente en España.

En la declaración del Comité Central de nuestro Partido sobre la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros celebrada en noviembre de 1957, se dice:

“La acción para la anulación de los acuerdos militares con los EE. UU., para la supresión de las bases extranjeras, para impedir el establecimiento de rampas; la acción para el cese de las pruebas de armas nucleares y la prohibición de este tipo de armas, debe conquistar en España carta de naturaleza legal. Esta causa interesa a todos los españoles. Y la legalidad de dicha acción puede ser alcanzada si las altas personalidades de la Iglesia, la cultura, la ciencia, el arte, conscientes de su responsabilidad ante la nación, se deciden a encabezarla.”

Por esta razón saludamos como muy positiva la opinión expresada en el número de “Ecclesia” del 5 de julio pasado, favorable a la reunión de “alto nivel” como medio de aminorar la tensión internacional.

La gravedad de los acontecimientos que estamos viviendo hace que, en todos los países capitalistas, los diferentes sectores obreros y populares intensifiquen la lucha por la paz.

Bajo el lema de “guerra a la muerte atómica” los socialdemócratas y sindicatos de Alemania Occidental desarrollan una intensa campaña en el Parlamento, en los municipios y con grandes manifestaciones.

En Inglaterra, el grupo "Victoria para el Socialismo", integrado por diputados y dirigentes laboristas y el órgano laborista "Daily Herald", anunciaron una campaña de recogida de firmas contra las pruebas nucleares y contra el vuelo de aviones americanos con cargas atómicas. Bajo esta presión, la dirección del Partido Laborista y las Trades Unions publicaron una declaración exhortando a todas sus organizaciones a participar en la campaña por la conferencia de "alto nivel", por la suspensión de las pruebas nucleares y los vuelos de aviones con cargas atómicas.

El resultado positivo de la reunión de expertos atómicos sobre la posibilidad de controlar la suspensión de ensayos nucleares, así como la reunión posterior sobre la utilización pacífica de la energía nuclear, han sido otros tantos testimonios de la voluntad de paz que anima a los hombres de ciencia, lo mismo que a todos los pueblos.

Como ya hemos señalado, la principal personalidad del Partido Socialista español, Indalecio Prieto, ha denunciado repetidamente la criminal política del imperialismo americano dirigida contra la paz mundial.

En Estocolmo se han reunido del 17 al 24 de julio, 1,200 representantes de 60 países que, en los momentos en que los imperialistas desencadenaban su agresión armada contra el Medio Oriente, han proclamado la firme decisión de toda la humanidad de hacer retroceder a los imperialistas.

En todos los países tuvieron lugar en ese período grandes manifestaciones, gigantescos mítines, protestas indignadas ante las representaciones diplomáticas de las potencias agresoras, expresando la firme decisión de los pueblos de no dejarse llevar al matadero atómico.

Las enérgicas y acertadas medidas y propuestas del Gobierno Soviético advirtiendo a los pueblos de la gravedad del peligro, haciendo saber a los imperialistas que no permanecerá pasivo y sostendrá decididamente la lucha de los pueblos que defienden su independencia; su inmediato reconocimiento del Gobierno surgido de la revolución del Irak, el acuerdo con Nasser que simboliza la alianza del campo socialista con los pueblos árabes y todos los pueblos decididos a hacer frente a la agresión imperialista, infringieron una importante derrota a los imperialistas del Medio Oriente, condenando su agresión en la Asamblea Extraordinaria de las Naciones Unidas.

Bajo la presión de los pueblos, los EE. UU. e Inglaterra se han visto obligados a anunciar la suspensión provisional de los ensayos atómicos, si bien con reservas y salvedades que han sido denunciadas por el Gobierno Soviético.

Pese a la grave derrota sufrida, los imperialistas norteamericanos no abandonan sus planes agresivos, tratan de incumplir la resolución de la ONU que les exige retirar sus fuerzas del Medio Oriente, y trasladan ahora el escenario de sus provocaciones al Extremo Oriente.

Pero el Gobierno Soviético ha reafirmado con toda claridad que el asunto de Formosa es un asunto interior chino y que la República Popular China contará con toda la ayuda de la Unión Soviética en caso de ser agredida. La carta del camarada Kruschov a Eisenhower no deja lugar a dudas sobre la decisión de la Unión Soviética a este respecto.

Como muy oportuna y acertadamente se dice en el comunicado que los camaradas Kruschov y Mao Tse Tung hicieron público en Pekin recientemente:

“Si los imperialistas se atreviesen a imponer una guerra a los pueblos, todos los Estados y pueblos amantes de la paz y de la libertad, estrechamente unidos, acabarían para siempre con los agresores y establecerían la paz eterna en el mundo entero.”

La URSS y la República Popular China, al mismo tiempo que anuncian su firme propósito de responder decisivamente a toda agresión del imperialismo norteamericano, renuevan sus esfuerzos para llegar a un arreglo pacífico que tenga en cuenta los derechos inalienables de la República Popular China a Formosa y a las islas costeras del continente Chino. Este es el sentido de la propuesta de Chu En-lai de reanudar las negociaciones entre EE. UU. y China al nivel de los embajadores, así como de las sugerencias que se hacen en la carta de Jruschov.

*

SOBRE LA LUCHA CONTRA EL REVISIONISMO

En el examen de los problemas internacionales e incluso de la situación política de cada país, es obligado partir, como lo hacemos los comunistas, de un hecho fundamental: la contradicción antagónica entre el campo imperialista y el campo socialista. En escala más amplia, entre el campo imperialista, por un lado, y el campo socialista y el movimiento anticolonialista, por otro. Los comunistas no podemos olvidar en ningún momento esta contradicción y la influencia que ella ejerce en el desarrollo de la situación política internacional y de cada país, sin exponernos a graves errores.

La división del mundo en dos sistemas sociales y la inevitable lucha entre ellos influye decisivamente sobre toda la situación mundial, incluida la de España.

En esta lucha, el campo socialista está estrechamente unido. Entre los pueblos que lo forman no existen ni tienen por qué existir contradicciones antagónicas; sus intereses son coincidentes, sus relaciones se basan en los principios del internacionalismo socialista.

A su lado, apretando filas, están las fuerzas de vanguardia del proletariado mundial, los partidos comunistas y obreros, las masas trabajadoras avanzadas.

El centro y guía del campo socialista es la Unión Soviética, el Partido Comunista de la URSS, cuya experiencia es la más rica fuente de inspiración, no sólo para los Partidos Comunistas y para los pueblos del campo socialista, sino para todo el movimiento comunista internacional.

En cambio, en el campo imperialista existe, y no pueden no existir, fuertes contradicciones, divisiones y luchas por el dominio de otros pueblos, por las fuentes de materias primas y por los mercados. Estas contradicciones se manifiestan en estos momentos con particular claridad.

Existe algo, sin embargo, en lo que los imperialistas han coincidido siempre. Es el odio salvaje hacia la Unión Soviética, el primer país que puso fin a la explotación capitalista y rompió las cadenas de la opresión imperialista; el odio al campo socialista, cuyos éxitos son estímulo y ayuda poderosos para todos los pueblos en la lucha por la paz, la democracia y la independencia nacional.

Los imperialistas dedican grandes esfuerzos a desunir y debilitar el campo socialista y los Partidos Comunistas y Obreros. Para ello utilizan todos los medios: el sabotaje, el terrorismo, la organización de grupos contrarrevolucionarios.

El imperialismo norteamericano, especialmente, dedica cientos de millones de dólares a estas actividades. La intervención brutal y cínica de los imperialistas en los asuntos internos de los países socialistas, su labor de zapa, el reclutamiento de renegados y de elementos contrarrevolucionarios para esta labor, son tantos más conocidos cuanto que los mismos imperialistas lo proclaman a cada paso sin el menor recato.

Pero los éxitos de la Unión Soviética y del campo socialista, sus impresionantes progresos en todos los terrenos, han mostrado que esas armas de los imperialistas ya no bastan. Mas, sin renunciar a ellas, recurren a una rabiosa propaganda de mentiras y calumnias contra las ideas del comunismo triunfantes en una tercera parte del mundo.

Asistimos a una violenta lucha ideológica contra el marxismo-leninismo, en la que el imperialismo moviliza a sus múltiples y variadas agencias.

En esta tarea, el imperialismo ha encontrado un refuerzo precioso en el neorevisionismo representado por las posiciones de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia.

Objetivamente, la Liga de los Comunistas de Yugoslavia se ha colocado, principalmente a partir de su último Congreso, en las primeras filas de la lucha ideológica contra el marxismo-leninismo.

Sus posiciones son particularmente nocivas por cuanto se presentan no como una ruptura abierta con el marxismo-leninismo, sino como su desarrollo y aplicación a las condiciones de Yugoslavia.

En realidad, ese supuesto desarrollo no es otra cosa que la negación de principios fundamentales del marxismo-leninismo, cuya justeza confirma todo el desarrollo de la Unión Soviética y del campo socialista.

El punto de partida de las aberraciones ideológicas de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia está en la idea de que un país aislado, además pequeño y económicamente atrasado, puede construir el socialismo al margen del campo socialista e incluso con la ayuda del imperialismo, en la idea de que un país socialista puede ser neutral en la lucha entre el sistema socialista y el sistema imperialista.

Pero los hechos pasados y presentes muestran que los imperialistas luchan no sólo contra los países socialistas, sino contra todo lo que ignore progreso, contra todos los países que manifiesten su voluntad de ser independientes.

Sin referirnos a ejemplos ajenos, los comunistas españoles sabemos lo que ha representado y representa la intervención del imperialismo en el aplastamiento de la democracia en nuestro país y el mantenimiento del régimen fascista del general Franco. Por eso, consideramos absurdo imaginar que el imperialismo pueda respetar, ni mucho menos ayudar, a la construcción del socialismo en ningún país.

Y para nosotros, es indudable que si Tito recibe ayuda americana, especialmente cuando Yugoslavia aparece más desligada del campo socialista, no es a título de Jefe de un Estado socialista, sino porque el imperialismo, a cambio de esta ayuda, piensa poder utilizarle como cuña contra la unidad del

campo socialista y del movimiento comunista mundial. No pasa desapercibido para los imperialistas el hecho de que la Liga de los Comunistas de Yugoslavia, con sus posiciones neorevisionistas, se ha convertido en un centro importante de lucha contra el marxismo-leninismo, contra los partidos comunistas y obreros y, en primer lugar, contra el Partido Comunista de la Unión Soviética, en cuyo ejemplo y experiencia se inspira el movimiento comunista mundial. Y esto es, por supuesto, lo que los imperialistas ayudan y están dispuestos a pagar. No la construcción del socialismo, ni la neutralidad o la independencia de Yugoslavia, que es lógico suponer arrasarían con el mayor placer en la primera oportunidad que se les presentara.

La Unión Soviética y el movimiento comunista mundial corrigieron los errores cometidos en otro tiempo en relación con Yugoslavia. Los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética, los del Partido Comunista de China y, en general, todos los partidos comunistas hicieron todo lo que les correspondía hacer para mejorar las relaciones, para facilitar la reincorporación de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia al seno de la gran familia comunista y del campo socialista, para poner fin a una división de la que sólo el imperialismo podía sacar provecho.

Ninguna consideración de amor propio impidió a los partidos comunistas condenar los errores cometidos, poniendo por encima de toda otra consideración, los intereses de la clase obrera y de los pueblos, los intereses del socialismo.

Pero los dirigentes yugoslavos, en vez de corresponder a la actitud de los demás partidos comunistas, consideraron que la actitud de éstos significaba aceptar sus posiciones erróneas. La soberbia, la vanidad y el orgullo de los dirigentes de la Liga Comunista de Yugoslavia crecieron hasta tal punto que, lejos de examinar y corregir sus errores, intensificaron su labor divisionista, esforzándose en introducir sus opiniones en el movimiento comunista con métodos extraños al carácter que deben tener las relaciones entre partidos comunistas y entre Estados socialistas. Es evidente que su actividad ha estado y está dirigida a quebrantar la unidad del campo socialista y del movimiento comunista.

En su último Congreso, la Liga de Comunistas de Yugoslavia, no sólo no reconoce la contradicción fundamental entre el campo socialista y el campo imperialista, sino que carga sobre la Unión Soviética la responsabilidad de la tensión internacional, llevando el agua al molino de la propaganda imperialista.

Negando la necesidad de una sólida unidad ideológica y política del campo socialista y del movimiento comunista, los dirigentes yugoslavos tienden a quebrantar la solidaridad internacional del proletariado.

Sin la unidad ideológica y política de los partidos comunistas, el proletariado internacional no podrá acabar jamás con la agresión capitalista. Pero el olvido del internacionalismo proletario es precisamente un aspecto fundamental del neorevisionismo de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia.

En la plataforma neorrevisionista que desarrolla y que intenta ofrecer al movimiento comunista mundial, la Liga de los Comunistas de Yugoslavia hace suyas las viejas concepciones reformistas acerca de la transformación espontánea del capitalismo en socialismo, sin revolución y sin la dictadura del proletariado. Es de sobra conocido adonde han llevado en todas partes esas

concepciones, qué frutos han dado a la clase obrera y a las masas trabajadoras para que nos extendamos en su análisis en este momento. Será suficiente con recordar que si la clase obrera ha conquistado el Poder en numerosos países, no ha sido precisamente guiada por el reformismo socialdemócrata, sino en la lucha contra él y bajo la bandera del marxismo-leninismo.

Los dirigentes yugoslavos repiten ahora lo que llevan diciendo tantos años los anarcosindicalistas acerca de la posibilidad de que los sindicatos dirijan la revolución. Sus posiciones sobre los comités obreros se acercan a las que nuestro anarcosindicalistas han defendido siempre y en algunos momentos aplicado, con los resultados negativos que conocemos. ¿Se puede llamar a eso un enriquecimiento del marxismo? Eso no es un enriquecimiento del marxismo, sino un retroceso, incluso en relación con el revisionismo de Bernstein y con el revisionismo socialdemócrata en general.

No entra en nuestros propósitos un examen profundo de las posiciones yugoslavas. Otros partidos hermanos lo han hecho y nosotros hemos contribuido y seguimos contribuyendo en nuestra prensa a la lucha contra el revisionismo, conscientes de que cualesquiera que sean las formas en que se presente, la lucha contra esta corriente antimarxista, constituye una importantísima premisa de la victoria de la clase obrera y de todos los trabajadores sobre las fuerzas antisocialistas; una condición determinante en la educación socialista de las masas y en la preparación para la lucha por la victoria del socialismo.

Cuando se examinan las posiciones neorrevisionistas de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia, es imposible no relacionar su claudicación ideológica con los créditos y con la ayuda americana. La "independencia" en relación con el campo del socialismo proclamada por Tito, le lleva a caer de lleno en la dependencia ideológica, política y económica del campo imperialista. En esto viene a parar el oponer los particularismos nacionales al internacionalismo proletario, a la experiencia internacional del movimiento comunista, a la experiencia de la Unión Soviética.

Nosotros que hemos aprobado en su día, sin ninguna reserva, los pasos dados por el Partido Comunista de la Unión Soviética para restablecer las relaciones normales con la Liga de los Comunistas de Yugoslavia, saludaremos todos los esfuerzos encaminados a conseguir que los comunistas yugoslavos abandonen ese camino fatal y se incorporen a las filas del movimiento comunista y al campo del socialismo. Pero entre esos esfuerzos, el fundamental es la lucha ideológica contra sus falsas posiciones y en defensa de los principios del marxismo-leninismo.

El Partido Comunista de España reitera su solidaridad con la Declaración de los doce Partidos Comunistas y Obreros, publicada en Moscú en noviembre de 1957, y cierra filas con todo el movimiento comunista mundial, en torno de la Unión Soviética, centro y cabeza del campo socialista, y baluarte de la paz, de la democracia y el socialismo.

Ese es el camino del triunfo, el camino de la victoria del socialismo.

El Partido Comunista de España se une a todos los Partidos Comunistas y Obreros en la condenación de las falsas posiciones políticas y teóricas de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia.

*

Como he señalado a lo largo de mi informe, la situación de nuestro país, tanto en el aspecto económico y político, como en relación con los acontecimientos internacionales, es extraordinariamente seria y peligrosa.

Y nadie que sienta a España, que piense en su vida y en su porvenir, puede cerrar los ojos ante los peligros que se ciernen sobre nuestra patria. Ocultar o disminuir estos peligros, que pueden entrañar la participación de España en una guerra atómica, constituye un verdadero crimen contra la vida de nuestro pueblo, contra la seguridad de nuestro país.

Hay que apartar a España de la fatal pendiente adonde la empuja la política de la dictadura al servicio de los imperialistas norteamericanos; hay que imponer la denuncia de los tratados con los americanos, que tan gravísimos riesgos comportan para nuestro pueblo, que son un grillete que arrastran penosamente la economía nacional, que pesan sobre toda la vida española y que han contribuido a agravar en manera extraordinaria la situación del país.

Las diferentes clases y capas sociales, lesionadas por esta política de la dictadura, expresan de manera abierta su descontento.

Y el desgaste y descrédito del régimen y de sus hombres es evidente. Si en cierto período las lacras de la dictadura no aparecían con tanta crudeza, hoy son evidentes la bancarrota de su estructura económica, la quiebra de sus relaciones sociales, el reaccionarismo de su sistema político, el fracaso de su ideología.

La actitud de importantes núcleos de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional, a los que me he referido reiteradamente a través de mi informe, evidencia la existencia de una ruptura abierta entre estas fuerzas y la dictadura, y va perfilando, día a día, el volumen de las fuerzas nacionales que, además de la clase obrera y fuerzas democráticas, se pronuncian por cambios estructurales que pongan fin a la dictadura.

La tónica general es de lucha, especialmente entre los trabajadores, que no se resignan a seguir malviviendo con los salarios actuales, mientras los precios de los artículos de primera necesidad, de la luz, del agua, del combustible, transportes y la vivienda, siguen una carrera alcista vertiginosa.

Ante la clase obrera y los trabajadores en general está planteada de manera urgente la revisión de las reglamentaciones actuales, la obtención de una subida de salarios, equiparándolos con el costo de la vida.

Todo muestra la necesidad inaplazable del establecimiento de un salario mínimo vital con escala móvil, por una jornada de ocho horas, que proteja contra la carestía los hogares obreros, que humanice la vida de los trabajadores.

Y éstos que luchan ya desde hace tiempo por conseguir esta reivindicación imprescindible para cubrir sus mínimas necesidades, no se conformarán con promesas y buenas palabras.

Los mineros de Asturias, por ejemplo, no se conformarán con las promesas de Sanz Orrio, y como los mineros de Asturias, la clase obrera y los trabajadores de toda España.

Aumenta el descontento en el campo, y todo hace esperar que la alianza entre los obreros y los campesinos, que la Jornada de Reconciliación ha puesto al orden del día, fructificará en nuevas y grandes acciones de protesta contra el régimen.

Y muy torpes serán quienes no vean que en España, después de la Jornada del 5 de Mayo, se gestan ya nuevos movimientos de protesta contra la política económica de la dictadura y por las libertades democráticas, que pueden converger en un gran movimiento nacional que quebrante sensiblemente las bases de la dictadura.

Ante esta perspectiva, que no es un supuesto ilusorio, sino una realidad, nuestro deber, el deber de las fuerzas de oposición, de izquierda y derecha, es entenderse, ponerse de acuerdo para organizar y dirigir ese gran movimiento antifranquista.

Precisamente porque nos hallamos ante esa posibilidad real, nuestro llamamiento al Partido Socialista, a las fuerzas católicas, a todos los grupos antifranquistas, es más apremiante.

Es inútil pensar que podrá evitarse un movimiento contra la dictadura, sólo con mantenerse al margen de él. La situación se hace tan insostenible, que sin ciertos concursos o con ellos, las protestas van a producirse y multiplicarse.

Los hombres a quienes nos dirigimos deben ser conscientes de que incluso hoy, en no importa en qué momento, una chispa puede prender fuego al descontento explosivo que va acumulándose en los más amplios sectores del país.

Este movimiento que se perfila, que está en la entraña misma de nuestro pueblo, en su voluntad y en su decisión de terminar con lo actual, puede y debe ser dirigido, no sólo por el Partido Comunista, sino por todas las fuerzas antifranquistas.

Para lograr este objetivo, nuestro Partido seguirá desplegando los mayores esfuerzos, propugnando consecuentemente la política de unidad y de reconciliación nacional.

En cualquier caso, si otras fuerzas, sordas al clamor nacional, se empeñan en mantenerse al margen de la lucha, en no ocupar su papel junto al pueblo, que se atengan a las consecuencias.

El Partido Comunista, con ellas o sin ellas, en cualquier momento, en cualquier situación, en cualquier circunstancia, estará al lado del pueblo, fundido con las masas, cumpliendo con su deber en la dirección, en la organización y el desarrollo de la lucha popular por la democracia y por la paz.

Hoy existen en España las condiciones objetivas para un cambio pacífico, sin represalias, sin venganzas. Pero hacen falta otras condiciones complementarias, subjetivas, principalmente el acuerdo entre las fuerzas antifranquistas.

Si esta condición siguiera retrasándose, las posibilidades de cambios pacíficos se harán más difíciles. Puede crearse, y no es ocioso insistir en esto, una situación en que la violencia sea inevitable.

Y entonces, la responsabilidad recaería íntegramente sobre la dictadura, y sobre las fuerzas antifranquistas que no hayan sido capaces de aprovechar la oportunidad, de poner término pacífico a un largo proceso de reacción política, de represiones, de violencias y de luchas fratricidas, que han retrasado el desarrollo económico, político y cultura de nuestro país.

La prolongación de la dictadura y las incomprensiones políticas de muchos dirigentes de la oposición antifranquista, y su resistencia a la participación de las masas en la solución del problema político español facilitan el surgimiento de tendencias y corrientes hacia la acción terrorista individual.

El Partido Comunista rechaza y condena esas corrientes, tendentes a sustituir la acción y la lucha de las masas, por la acción terrorista de individuos aislados, y ponemos en guardia a todo nuestro Partido contra aventuras de esta naturaleza, a las que son inclinados, por su propia naturaleza, ciertos grupos pequeño-burgueses que conciben la lucha revolucionaria, no como la movilización combativa de las masas y, en primer lugar, de la clase obrera y fuerzas progresivas, sino como la acción de grupos de élite, por encima y, a veces, contra las propias masas.

El Partido Comunista es la fuerza política nacional que más firmemente lucha por abrir de una manera pacífica el camino hacia un régimen democrático.

Queremos evitar la violencia, para ahorrar sufrimientos a nuestro pueblo, a todo el país. Pero esto no dependerá sólo de nosotros, sino de la actitud de otras fuerzas, cuya responsabilidad ante la historia, por lo que suceda, no podrán eludir.

Y en estos momentos gravísimos para España, cuando la política pro-americana de Franco, compromete la paz y la seguridad de nuestro país, desde lo más profundo de nuestro sentimiento de españoles y de comunistas, llamamos a todas las fuerzas patrióticas y antifranquistas, civiles y militares, al diálogo y a la inteligencia para impedir que España sea lanzada a una guerra atómica; para poner fin pacíficamente a la dictadura franquista y abrir cauce a un régimen basado en el respeto a la voluntad popular.

Llamamos a todas las fuerzas políticas, sin exclusiones, a la convivencia civil y a la reconciliación nacional para hacer una España en la que todos los españoles puedan vivir como ciudadanos, como hombres libres, cuyas opiniones deberán contar en la solución de los problemas políticos, de los problemas que afectan a la vida, al futuro y la seguridad de España.

Los trabajadores pueden aprovechar todas las posibilidades legales, que las posiciones conquistadas en los sindicatos les ofrecen, para expresar su protesta contra la política de sometimiento de la dictadura a los americanos que puede conducir a nuestro país a una guerra aniquiladora. Y si las circunstancias lo exigieran, los trabajadores deben oponerse incluso por la huelga y las grandes acciones de protesta, a que España sea cómplice y víctima de la política agresiva de los imperialistas norteamericanos.

Y con un sentimiento de fraterna cordialidad nos dirigimos a todos los comunistas, a los que militan en nuestras organizaciones y a los que, siendo comunistas de corazón, todavía no se han incorporado a nuestras filas, para decirles:

¡Camaradas y amigos! En todos los momentos difíciles para nuestro país y nuestro pueblo, en la lucha por la vida y la libertad de España, los comunistas fueron ejemplo de abnegación y de heroísmo, de firmeza y de espíritu de sacrificio. Fieles a esta tradición, que es la gloria y el orgullo de nuestro Partido, los comunistas debemos ser también hoy los primeros en denunciar de punta a punta de España, la política militar franquista, los primeros en la organización de la resistencia a esa política que puede costar a España millones de vidas y destrucciones inimaginables.

Defender la paz, impedir que Franco comprometa nuestro país hasta el fin en la política agresiva de los imperialistas, es hoy una tarea vital para

cada comunista, para cada español, cualquiera que sea su credo político o religioso.

Para defender éstos, para mantenerlos, es necesario que España siga existiendo. Y lo que la guerra pondría en peligro es precisamente su existencia, es todo lo que para el hombre es entrañable y querido.

Cada comunista, cada simpatizante, debe multiplicar sus esfuerzos, redoblar sus energías para unir en un solo impulso nacional a todo el país, que obligue a Franco a retroceder, que impida a los americanos servirse de nuestro país como un trampolín para sus fines agresivos.

A todo lo largo de veinte años de lucha contra la dictadura, en las durísimas condiciones de la clandestinidad, el Partido Comunista ha dado prueba de su capacidad política, de su clarividencia, de su firmeza, de su preocupación constante por los intereses de las masas, por los intereses de España.

Y manteniendo y desarrollando nuestra política de reconciliación nacional; no rechazando, sino estimulando y propugnando acuerdos y alianzas con las fuerzas de oposición antifranquista, el Partido Comunista, como una de las principales fuerzas nacionales, al mismo tiempo que defiende los intereses de la clase obrera y de las masas populares, hará cuantos sacrificios sean necesarios para llegar a la realización pacífica de los cambios políticos que España desea y necesita.

A vosotros, camaradas, corresponde ahora juzgar nuestra actividad y decidir sobre las cuestiones planteadas.

LLAMAMIENTO A LAS FUERZAS DE OPOSICION

El 5 de Mayo nuestro pueblo ha celebrado la Jornada de Reconciliación Nacional. Españoles de todas las tendencias, unidos en un mismo impulso, hemos expresado, organizada y pacíficamente, nuestra execración al régimen dictatorial del general Franco. Una nueva fase ha comenzado en la lucha por las libertades públicas. La sustitución de la dictadura se ha puesto al orden del día de manera urgente y concreta.

Esta realidad y la perspectiva *muy próxima* de nuevas acciones populares, cada vez más amplias, nos mueve a dirigirnos a las demás fuerzas de la oposición antifranquista, invitándolas a que, ante la realidad política y social de España, reconsideren su actitud.

No pretendemos inmiscuirnos en los asuntos internos de otras fuerzas de oposición, ni erigirnos en juez de sus actividades. Únicamente creemos imprescindible llamar su atención sobre las lecciones de los hechos del más reciente período histórico de nuestra patria: Que no son los planes arbitrarios, ni las conspiraciones de camarillas, ni la acción de minorías lo decisivo para la sustitución pacífica de la dictadura, sino la actividad de las masas, la intervención cada día más resuelta y unánime del pueblo en el escenario político español.

Una razón fundamental, entre otras, retrasa la participación activa en la lucha de las fuerzas liberales y conservadoras de la oposición antifranquista. Estas fuerzas suponen que el derrocamiento del régimen actual sería un salto en el vacío; desconfían de la madurez política y ciudadana de nuestro pueblo y desean que los cambios sean graduales, que no entrañen el desencadenamiento de la violencia. Pero, precisamente, su participación activa, consecuente en la lucha contra la dictadura, es la condición del carácter pacífico del cambio del régimen.

El Partido Comunista desea sinceramente evitar violencias innecesarias. Pero si esas fuerzas liberales y conservadores continúan inhibiéndose, orientándose a combinaciones irreales que no tengan en cuenta las verdaderas aspiraciones populares, pueden frustrarse las posibilidades de sustituir pacíficamente el actual gobierno dictatorial de la camarillas oligárquicas por un régimen de libertades públicas.

En esta perspectiva, una responsabilidad particular, sin duda la más grave del momento presente, recae en las jerarquías de la Iglesia Católica española. Frente al irreversible movimiento de reconciliación nacional, que abarca a las clases y capas sociales fundamentales de nuestro país, desde la clase obrera a la burguesía nacional; frente a los sentimientos y a la actividad misma de amplios sectores católicos; frente a los propios intereses de la Iglesia, las jerarquía eclesiásticas siguen manteniendo el espíritu de cruzada y de guerra civil, esencial resorte psicológico de la dictadura franquista.

Con ello facilitan la supervivencia transitoria del régimen actual, aunque comprometen seriamente el carácter pacífico de los cambios inevitables. Ante la Nación española, ante las propias masas católicas, ha llegado la hora de que la Iglesia defina su posición.

En cuanto a las fuerzas de la izquierda española, republicanos, socialistas, cenetistas, nacionalistas, el Partido Comunista desea que entren en una fase de mayor actividad, para estimular al pueblo en la lucha, para movilizar a diversos sectores sociales hoy vacilantes. Por desgracia, presiones extrañas a los verdaderos intereses nacional, de marcado signo anticomunista, siguen siendo el mayor obstáculo a un enfoque realista de la situación, a un cambio de su orientación política.

Al reafirmar, e incluso acentuar en su VII Congreso, su posición anticomunista, llegando a lanzar contra el Partido Comunista las más innobles y, al mismo tiempo, ridículas calumnias, basándolas en "los servicios informativos de varias potencias", el Partido Socialista contrae una grave responsabilidad ante el pueblo español y se perjudica seriamente a sí mismo. Sería miope no advertir que el desarrollo de la influencia en el país, tanto del Partido Socialista como de otras fuerzas de la izquierda española, posible y deseable, en beneficio de la lucha contra la dictadura, depende de que sepan responder al sentimiento unitario del pueblo español.

Después de la Jornada de Reconciliación Nacional todo llama como nunca en España al entendimiento y al acuerdo entre las fuerzas de oposición de izquierda y de derecha. De haber existido ese acuerdo el 5 de Mayo, no hubiera podido resistir el general Franco los impactos de la presión popular. Al dirigirse a todas las fuerzas de la oposición antifranquista, el Partido Comunista lo hace convencido de que existen las condiciones objetivas para el establecimiento de la unidad contra la dictadura.

En realidad, la situación política de nuestro país está exigiendo con apremio la creación de un centro nacional que coordine y dirija las actividades de toda la oposición. El Partido Comunista no escatimará ningún esfuerzo por conseguirlo. Al mismo tiempo, propiciará todo acuerdo parcial, todo entendimiento, aunque sólo sea transitorio y con objetivos concretos, toda apertura hacia el diálogo con las fuerzas políticas de la oposición. El proceso unitario, como producto de una imperiosa necesidad, está en curso en todas las clases y capas sociales de la población lesionadas por la dictadura. Se trata, esencialmente, de llegar a darle carácter abierto, público, consecuente. Ello tendrá una importancia decisiva para impulsar la lucha contra la carestía de la vida y la política económica de la dictadura, por la amnistía de los presos y exilados políticos y las libertades públicas.

Por otra parte, el acrecentamiento de los peligros de guerra y de destrucción atómica que entraña para nuestro país la existencia de bases norteamericanas de agresión, plantea como tarea vital la necesidad de un acuerdo entre todas las fuerzas de la oposición antifranquista. ¡Luchemos juntos por la tradicional política de neutralidad española, por la revisión de los pactos militares con los Estados Unidos, por la suspensión de los ensayos nucleares! ¡Defendamos la paz y con ella la existencia misma de España!

El Partido Comunista llama a todos los grupos políticos de oposición, de izquierda y de derecha, a que examinen objetivamente la situación actual,

a que revisen su actitud hacia los problemas de la unidad antifranquista y de la participación activa del pueblo en la transición pacífica a un régimen de libertades democráticas. Ha llegado la hora de que todos midamos nuestras responsabilidades ante la Nación. Por su parte, el Partido Comunista de España, manteniendo y desarrollando su política de reconciliación nacional, reitera su disposición a tomar todas las medidas y llegar a todos los acuerdos que faciliten la organización de un gran movimiento nacional antifranquista que garantice el derrocamiento pacífico de la dictadura del general Franco.

COMITE CENTRAL DEL PARTIDO
COMUNISTA DE ESPAÑA

Saludo del IV Pleno del Comité Central del Partido Comunista de España a los presos políticos

El Pleno del Comité Central del Partido Comunista de España envía un saludo fraternal a los camaradas Miguel Núñez, Higinio Canga, Antonio Rosel y a todos los comunistas presos por su abnegada actuación, al frente de las masas, en la preparación y realización de la Jornada del 5 de mayo y durante las potentes huelgas que la precedieron.

Con igual emoción, el Comité Central saluda a todos los comunistas que, desde hace largos años, penan en los presidios de Franco por el único delito de haber luchado por las libertades españolas.

Este saludo lo hace extensivo a los trabajadores y antifranquistas de todas las tendencias, detenidos con motivo de las grandes acciones últimas, y a cuantos la dictadura mantiene en las cárceles desde años anteriores.

A todos ellos les renueva la expresión de su solidaridad activa y les reitera la decisión de todo el Partido de continuar tenazmente sus esfuerzos por hacer coincidir las más dispares voluntades españolas en la exigencia nacional de amnistía para todos los presos políticos.

**EL COMITE CENTRAL
DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA**

COMUNICADO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

El Comité Central del Partido Comunista se ha reunido en su IV Sesión Plenaria durante los días 13 y 14 de septiembre.

Además de los miembros del Comité Central han participado como invitados camaradas responsables de organizaciones del Partido del Centro, Levante, Norte y Cataluña.

En el orden del día figuraban los puntos siguientes:

- 1º Informe del Buró Político sobre la situación política nacional e internacional.*
- 2º Las tareas de organización del Partido y de la lucha antifranquista.*

Sobre el primer punto del orden del día informó la camarada Dolores Ibárruri.

Sobre el segundo punto del orden del día informó el camarada Santiago Carrillo.

El Pleno del Comité Central aprobó por unanimidad los dos informes.

El Pleno aprobó una resolución política, un Llamamiento a las fuerzas de oposición y un saludo a los presos políticos.

**EL COMITE CENTRAL
DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA**

Southworth Coll 9511

Pamphlet

JN

8395

100

P37

1955

v. 2

9.2

IV SESION PLENARIA DEL C. C. DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

I

- Informe del Buro Político sobre la situación nacional e internacional, por Dolores Ibarruri.
- Llamamiento a las fuerzas de oposición.
- Saludo del IV Pleno a los presos políticos.

II

- Las tareas de Organización del Partido y de la lucha antifranquista, por Santiago Carrillo.
- Resolución del IV Pleno del C. C. del Partido Comunista de España.